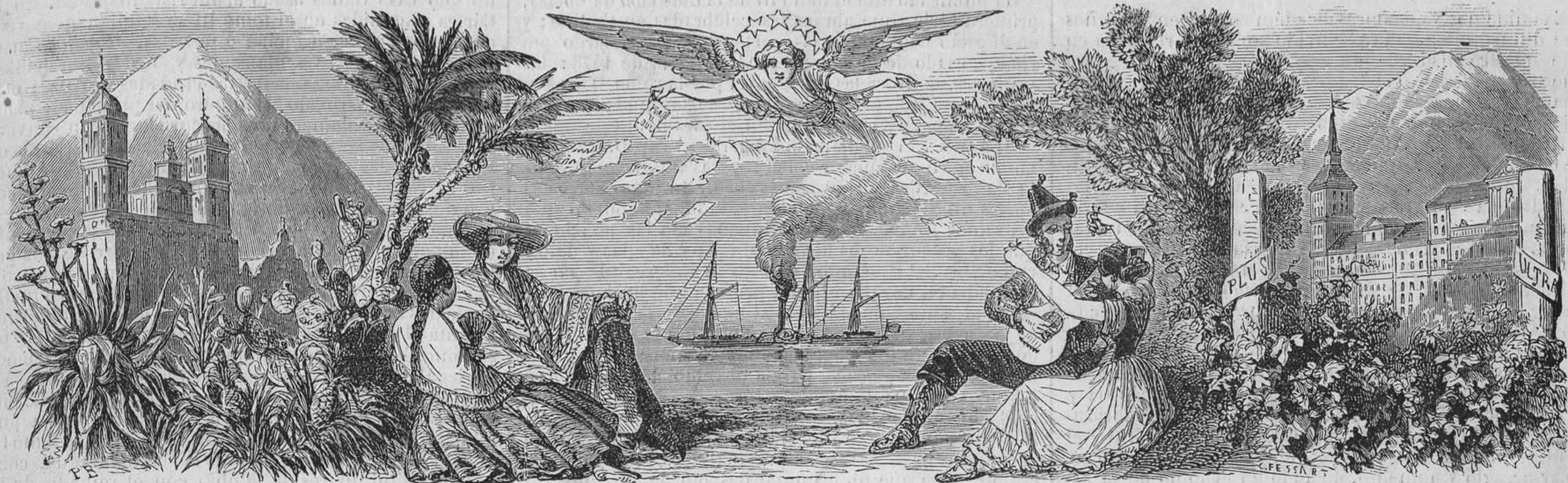


Le Deser

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 848.

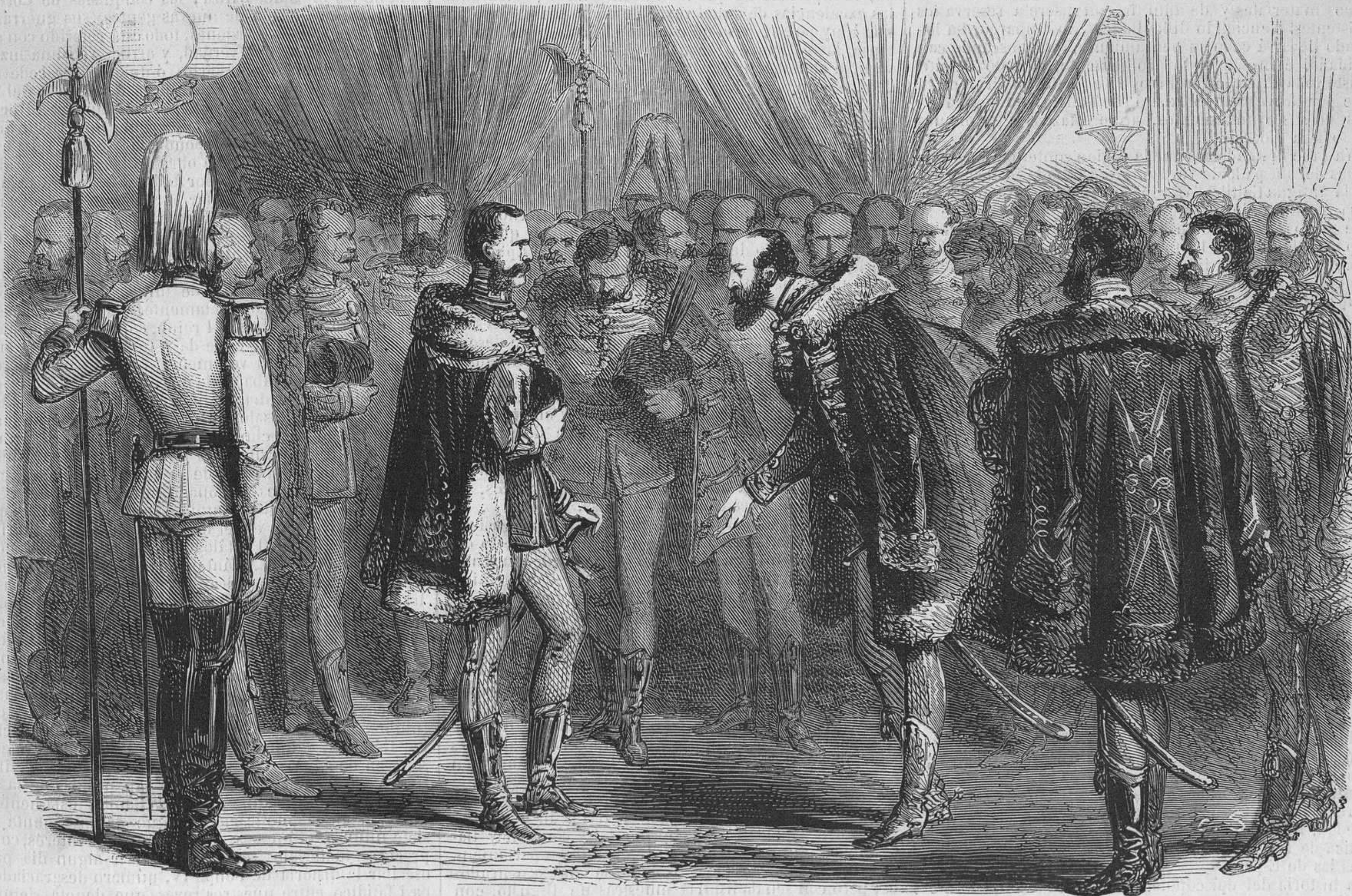
SUMARIO.

Viaje del emperador de Austria; grabado. — Trabajos históricos de la Academia española. — La Resurreccion; grabado. — Explosion en la plaza de la Sorbona; grabado. — Revista de Paris. — La historia de un pensamiento. — Los grandes establecimientos de la marina imperial de Francia; grabados. — Debe y haber. — Si-Sliman-Ben-Kadur; grabado. — Bendicion de las casas de obreros en Amiens; grabado. — Apuntes de un viaje al Brasil; grabados. — Manuela. — La reproduccion de cuadros en los Gobelinos; grabado.

Viaje del emperador de Austria.

El emperador de Austria hace un viaje en la actualidad que le ha valido entusiastas recepciones en la Croacia. Sobre todo los habitantes de Agram han querido probar al soberano del imperio de Austria cuán agradecidos estaban á la política que admite como base del poder del imperio, el principio de las nacionalidades. El emperador y su primer ministro, M. de Beust,

fueron aclamados en todas partes como libertadores, y puede decirse que mediante estas demostraciones patrióticas, la Croacia ha sellado su union con la Hungría. No es posible dar una idea del ardor patriótico de las poblaciones. Francisco José y M. de Beust parecían radiantes, y todo el mundo en Agram rebotaba de júbilo. Es ocasion de recordar lo que dijo un orador : « El porvenir demostrará que el dualismo, lejos de debilitar al antiguo imperio de Austria, le dará un nuevo vigor, una nueva vida. » P.



AUSTRIA. — El emperador Francisco José en Agram.

Trabajos históricos

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

(Conclusion.)

Examinemos ya, señores académicos, si en los años que últimamente han trascurrido se ha amortiguado en este nuestro Instituto literario la fe que nos legaron nuestros mayores, ó si las obras y trabajos que continuamos, desmerecen algun tanto de las suyas, que admiramos como modelos dignos de imitacion.

Reivindican el primer lugar los tomos XLVIII, XLIX y L de la célebre obra, que empezó con tanto celo como utilidad, de la historia civil y eclesiástica de nuestra patria, el padre maestro Florez, cuya erudicion copiosa y sana crítica, tuvo en su tiempo y años despues pocos imitadores. Trata el primero de la Historia eclesiástica y civil de la diócesis de Barastro, con una coleccion diplomática á su final, de documentos inéditos, si no digna de mención por lo numerosa, sí por lo escogida y curiosa. Es obra esta historia del que fué nuestro amigo y compañero, el señor don Pedro Sainz de Baranda, tan conocido en la república literaria por su vastísima erudicion y su sana crítica, al par que por su modestia y sus virtudes. Mucho debió la Academia á su laboriosidad y estudio, y no poco la Universidad de Madrid y el Instituto de San Isidro, cuyas bibliotecas tuvo á su cargo, y arregló y aumentó, de ando en el tomo de la *España Sagrada*, de que nos ocupamos, muestras evidentes de no ser inferior su celo ni su saber al de los ilustres agustinos que le precedieron. La historia antigua y moderna de la ciudad; las vicisitudes del obispado hasta su extincion por el concordato de 1851; la vida de sus obispos; descripcion de sus templos, sus concilios y santos, todo se refiere con la claridad y sencillez que tanto caracterizaban al autor de los *Informe sobre la crónica de Palencia*, y del opúsculo intitulado: *Cronicon de Valladolid ilustrado*. Precede al libro una vida abreviada del señor Baranda, cuya pérdida llorará eternamente la Academia, escrita por el señor Fort.

Los tomos XLIX y L, son obra de nuestro laborioso y erudito compañero el señor don Vicente Lafuente. Tratan de la diócesis de Tarazona, y en ellos se notan ya los adelantamientos de la crítica y el buen gusto y elegante decir, que tanto campean en los escritos que salen de su feliz pluma. Con la escasez de documentos que la espoliacion de los archivos nos ha traído, ya por la incuria de sus guardadores y custodios y tambien por las turbaciones de los tiempos; con lo falso y errado de las historias escritas desde el principio del siglo XVII, por haber prestado sus autores una ciega fe á los falsos cronicones, tan frecuentes entonces: el señor Lafuente ha tenido el doble trabajo de escribir la historia con pocos materiales y de admitir con discreta reserva los existentes. Venciendo dificultades, sin embargo, ha logrado llevar á cabo su pensamiento, y rebuscando con cuidado, é investigando prolijamente, cuanto de útil existe todavía en los archivos de aquella catedral, de la que por breve tiempo existió en Tudela, en sus cabildos, en sus ayuntamientos, arciprestazgos y parroquias de toda la diócesis.

Ya sabe la Academia que la region contenida en los límites del obispado de Tarazona está situada en el corazon de la antigua Celtiberia, poblacion de la gente mas belicosa, fiera é independiente de toda España. Ella fué la que peleó denodadamente trescientos años contra todo el poder de Roma; la que legó á la posteridad el heroico ejemplo de la inmortal Numancia, y la que excitó la emulacion y el aplauso de los pueblos que entonces ocupaban el territorio peninsular. Marcar los límites de tan extensa region, señalar sus puntos principales con los testimonios mas antiguos de los escritores griegos y latinos, es lo que ha hecho el señor Lafuente en el primer capítulo.

Sigue despues la descripcion del obispado, la de la ciudad; y se detiene, citando con estudio las antigüedades mas notables que se encuentran en sus ciudades y villas, y combatiendo las inexactitudes del padre Argaez, que fué tan dado á la manía, muy corriente en el siglo que escribió, de creer á los forjadores de enredos y consejas. No han sido pocas, á fe, las que rodearon la cuna del cristianismo en la diócesis de Tarazona. Roman de la Higuera, Lupian de Zapata y sus imitadores y secuaces, atribuyeron nada menos que á san Pedro la primera cátedra de nuestra religion en aquellos parajes que pertenecieron á la antigua Celtiberia; mas como san Pedro nunca pensó venir á España, ni aun san Pablo, que lo pensó, no consta tampoco que hubiese llegado, cae por su peso todo el edificio fundado sobre tan incierta noticia.

Como si la diócesis de Tarazona necesitara del funesto presente de santos apócrifos y falsos obispos, los mismos cronistas regalan al obispado un número considerable de ellos, tales son: cuatro Prudencios, un Santino ó Sancho, Estéban I, Juan, Estéban II, Gudioso II, Pedro y otra media docena, al menos, intercalados en los mismos documentos y defendidos tenazmente por el padre Argaez. El señor Lafuente descubre y condena la falsedad, ha hecho un gran servicio á la historia eclesiástica de Tarazona, tan plagada de errores como casi todas las de España.

La historia del episcopologio desde la fundacion de la silla hasta nuestros dias es completa, con noticias

curiosas y observaciones críticas sobre los obispos, iglesias y monasterios; sin olvidar tampoco puntos importantes de la historia civil, que entonces andaba mezclada, mas que en los tiempos modernos, con la eclesiástica, sobre todo en la época, ya aciaga, ya gloriosa de la reconquista. En suma, los volúmenes á que me refiero completan hasta el L la grande obra de la *España Sagrada*, cuya continuacion está á cargo de nuestra real Academia.

Ha publicado esta el tomo III de la *Coleccion de Córtes*, primera série, que abraza las celebradas en Castilla; y en él están contenidas las pertenecientes al largo período corrido desde el año 1407 hasta el de 1473: las primeras, convocadas en Segovia por la reina Doña Catalina, para que los procuradores de las ciudades y villas de voto en Córtes prestasen el juramento de fidelidad, é hiciesen su pleito homenaje al rey D. Juan II, entonces en su menor edad; y las últimas, en Santa Maria de Nieva, convocadas por D. Enrique. Son estas Córtes un trasunto fiel del estado lamentable en que los reinos se encontraban: muchas son las peticiones que los procuradores dirigen al rey; y de ellas y de las respuestas del soberano, no solo se infiere que no se guardaba en Castilla ningun principio de justicia ni de equidad, sino que pidiendo al monarca la derogacion de sus actos, indicaban claramente que la culpa de todo el mal y de todo agravio radicaba en el rey, que á menudo los desaforaba y traía al reino desasosegado é inquieto con sus desmanes y torpezas, no estando las ciudades, ni las villas, ni las aldeas, ni los vasallos, libres ni seguros de la rapacidad de los magnates, ni de la munificencia real, siempre mal aplicada, y que no era otra cosa que un criminal despojo de derechos reconocidos, apoyados en las leyes y en la justicia.

Causa no poca admiracion el ver con qué facilidad asentia el rey en revocar todos los decretos de antemano promulgados, llevando en paciencia la amarga censura que en motivadas peticiones los procuradores hacian. El sistema era vicioso: el rey legislaba y gobernaba; los procuradores censurando y reprobando la conducta del rey, le pedian humildemente la revocacion de sus actos, á lo que regularmente accedia S. A., no sin desdoro de su alta dignidad; ya en el caso de confesar su error, ya en el muy frecuente de engañar á los representantes de las ciudades y villas, no cumpliendo lo que otorgaba.

Al leer con cuidado estos interesantes cuadernos, notamos con dolor que la época es de completa decadencia. No se presentan ya en la escena aquellos varoniles esforzados campeones de la causa popular que en el siglo XIII y XIV ostentan su arrogancia contra los poderosos magnates, y ayudados por los concejos, amenazan con el levantamiento de las hermandades, pelear pendon contra pendon por la causa que defienden: son otra cosa los procuradores del tiempo de D. Juan II y de Enrique IV. Las súplicas son corteses, las fórmulas humildes, las palabras y aun los razonamientos bajos, por la hipérbole de que iban acompañados, celebrando las excelencias de aquel rey, que dicho sea de paso poseía muy pocas; pero en cambio el proceso es mas extenso, las peticiones razonadas hasta el punto de convertirse algunas en verdaderos discursos, que no desdeñarían nuestros modernos diputados: las respuestas participan de igual indole, con lo cual la historia ha ganado mucho, pues por estos cuadernos estamos en posesion de los secretos de aquella soiedad, y podemos con una envidiable copia de datos, juzgar, sin peligro de equivocarnos, de las cosas y los hombres de tan memorable época.

Hay, señores académicos, que valorar el mérito de las instituciones sociales y políticas por el poder que ejercen y el prestigio de que están rodeadas. Si aplicamos estas reglas á los desgraciados tiempos de que hablamos, todas las instituciones políticas y sociales eran muy poca cosa, no solo comparándolas con lo que antes habian sido y despues fueron, sino mirándolas solas y aisladas con relacion á las altas funciones que desempeñaban en el Estado. La dignidad real humillada y abatida, parte por sus propios excesos, parte por la audacia de sus enemigos: la aristocracia liviana, antojadiza y usurpadora, disipaba sus rentas y empleaba su poder en alimentar la guerra civil que devoraba al reino: por último, los procuradores representantes del pueblo, transigian ya con la corte recibiendo dádivas, si hemos de creer á historiadores contemporáneos, en cambio de culpables condescendencias.

No todo, sin embargo, es digno de severa censura: hay mucho tambien que por lo agradable y curioso deleita y por lo útil enseña. Uno de los ordenamientos establece, que para los asuntos arduos deban reunirse Córtes, para con su aprobacion dar mas fuerza á las resoluciones del monarca. Esto, aunque con alguna limitacion, se prevenia en el Código de las Partidas; y de este acuerdo resultaba: 1º, que la autoridad legislativa del rey quedaba mermada; 2º, que las Córtes castellanas no eran meramente convocadas en todos los casos y circunstancias para solo el otorgamiento de los subsidios. Acaeció en tiempo del mismo soberano, que este, por efecto de circunstancias imprevistas, cobró las contribuciones á los pueblos, por su sola voluntad y sin el otorgamiento de las Córtes; y es de ver con qué prontitud y con qué humildad, y no hay otra palabra que cuadre, se presenta D. Juan II á pedir el perdón de aquel desafuero en una forma tal y como hoy llamariamos, en nuestro importante lenguaje parlamentario, *bill de indemnidad*: lo acuerdan los procuradores; pero con señaladísimas muestras de disgusto, con prevenciones útiles y hasta con embosadas amenazas

para lo porvenir, exigiendo la promesa de una total enmienda. Verdad es que el caso era raro, pues los monarcas castellanos eran tan fieles cumplidores de esta saludable práctica, como celosos en cumplirla los procuradores.

El tratamiento con que los representantes de los pueblos se dirigian al rey, antes de los tiempos de que hablamos, eran los de merced y señoría, por regla general; ahora estos andan mezclados con el de alteza, y en un solo caso vemos usado el de real majestad. En las Córtes contenidas en el tomo III se reunian unas veces el rey, con reina, príncipe é infantes, prelados, maestros, ricos hombres é infanzones y los doctores del Consejo y los procuradores de las ciudades y villas; otras veces vemos mermado el número del primer elemento; en ocasiones, solamente los procuradores son convocados. En todas las épocas de la historia de las Córtes observamos estas variaciones, que han impedido á nuestros escritores el fundar una opinion acerca de la índole y naturaleza de esta antigua institucion. Ocurria esto porque á veces no eran convocados por los reyes los estamentos del clero y la nobleza, á pesar de sus protestas; pero en los tiempos de Don Enrique tal conducta tenia otro origen, el cual era que como aquellos magnates andaban por lo regular en deservicio del rey, levantando parcialidades y acaudillando revueltas por el reino, huían de todo lo que tenia siquiera apariencia de legalidad, fiando el resultado de la contienda á la punta de sus lanzas, mas bien que á la deliberacion y voto tranquilo de las pacíficas Asambleas. Basta pues lo dicho para encarecer la importancia de este tomo III, al cual seguirá muy pronto el IV, aumentando, como es natural, el interés de la obra con el reinado de los Reyes Católicos, y gran parte del de su augusto nieto el emperador Carlos I.

En cumplimiento de los acuerdos de la Academia, el señor don Emilio de la Fuente Alcántara, nuestro compañero é individuo de la comision que entiendo en la publicacion de las crónicas árabes, ha dado á luz una preciosa obra intitulada *Ajbar Maehmua* (coleccion de tradiciones) crónica anónima del siglo XI, enriqueciéndola con curiosas notas, tanto de autores españoles como de árabes contemporáneos. Este libro, como dice su inteligente traductor, si no es el mas antiguo, es uno de los mas importantes para el esclarecimiento de aquel confuso período, que empieza en la invasion mahometana y termina en la definitiva constitucion del califado de los Omeyyas. Ya algunos orientalistas extranjeros, y entre los nuestros el señor Gayangos, habian dado noticias de este códice y llamado la atencion sobre la importancia de sus tradiciones. En efecto, lo que constituye su mas inestimable, es el carecer completamente de citas de autores, siendo la obra compuesta de las tradiciones que con mayor crédito corrian entre el pueblo, desde la invasion hasta el reinado de Abdo-r-Rahmen III. La llegada de las huestes de Tarik; la batalla de Guadalete; la traicion del conde don Julian y la de los hijos de Witiza; las conquistas de Córdoba y Mérida; la llegada de nuevas gentes, sus guerras civiles y sangrientas escisiones, todo está referido con sencillez, al parecer con verdad, y arroja vivísima luz sobre acontecimientos inciertos ó dudosos. Precede á la obra una introduccion que refiere la historia del manuscrito que ha servido de texto, con muchas advertencias curiosas acerca de la traduccion y un alfabeto árabe que se ajusta á una correspondencia de letras del nuestro. Creo que esta primera obra de la comision arábica será recibida con júbilo por todos los amantes de las letras, y muy en particular por los que se dedican al estudio de la historia de España.

Hace algunos años que la Academia concibió la feliz idea de publicar una obra utilísima, que intituló *Memorial histórico*, y en la que se propuso dar á la estampa obras inéditas de mérito y de utilidad para la historia, que, desconocidas completamente, yacian olvidadas en sus archivos ó en otros del reino, con grave perjuicio de los aficionados á esta clase de estudios. Dió á luz sucesivamente en varios volúmenes, nuestro compañero el señor Gayangos, trabajos de mérito indiscutible, propios para conocer y estimar la índole de épocas ya pasadas; para aclarar puntos dudosos; para enriquecer, en suma, el caudal de conocimientos, siempre escasos para la grande obra de escribir con puntualidad nuestra historia nacional. La historia de la casa de Niebla, escrita por Pedro Barrantes Maldonado, tan buen escritor como valiente soldado, al que unió estrecho lazo con aquel virtuoso varon que en el mundo llamaban Sanabria y que se designa en el catálogo de los santos con el nombre de San Pedro de Alcántara: la historia de don Diego Duque Estrada; la crónica del condestable don Lucas de Iranzo, quien, nacido en humilde cuna, fué caballero y baron y conde y condestable en una mañana, por la sola voluntad del rey Don Enrique IV; los curiosísimos tratados de legislacion musulmana, que acreditan la existencia del pueblo mudexar mezclado con el castellano por muchos años, cuyos vestigios aun se conservan, cuya influencia es notoria en la civilizacion y costumbres de nuestra patria; la historia de Chile, escrita por Góngora, y muchas otras que seria prolijo referir, salieron de su docta pluma, corregidas, anotadas é ilustradas con la maestria, la crítica tan propias de la variedad de sus conocimientos. Pero llaman justamente la atencion en la publicacion de que damos cuenta los siete últimos volúmenes, que son de sumo interés, como preciosos materiales que han de servir algun dia para escribir la historia de Felipe IV, número desgraciado y casi fatídico entre nuestros reyes, que denota siempre en nuestros fastos un período en la monarquía de deca-

dencia dolorosa ó de perturbaciones desastrosas. Recordad si no las historias turbulentas de Alfonso IV, Fernando IV, Sancho IV, Enrique IV, Felipe IV, y por último la de Carlos IV.

Extendida ya la compañía de Jesús en uno y otro continente, con su asiento natural y firmísimo en Italia, España y Francia; compuesta en su generalidad la religión de Loyola de varones insignes por su talento, su saber y actividad, su influencia era grande en los asuntos religiosos y políticos que á la sazón entretenían á los soberanos y á los pueblos. Directores espirituales de los primeros, amigos de los segundos y hasta sus aduladores á veces, ni ocurría suceso de importancia que con tiempo no llegase á su noticia, ni pronóstico que no saliera cierto, ni resultado que de antemano no estuviese previsto. Una correspondencia seguida entre gente tan importante, unas relaciones entre individuos de la misma familia, escritas con la franqueza de hermanos, con la sinceridad de aliados, con la intención de los que trabajan de consuno en una misma obra, no podía menos de ser un libro interesantísimo, de suma utilidad y necesidad para enterarnos por completo de los acontecimientos ocurridos en la monarquía española en la primera mitad del siglo XVII.

Tal fué la feliz idea del señor Gayangos, realizada en los siete últimos tomos del *Memorial histórico*. Referir á la Academia lo que en ellos se contiene sería tarea difícil y larga; compendiar solo lo que encierran los últimos sería imposible, atendiendo á que en ellos está comprendido cuanto pasó en el mundo desde el año 1634 á 1648. Recibía el padre Pereira, provincial de su orden en Sevilla, estas cartas de sus compañeros de Madrid, Salamanca y Valladolid, de otros padres que en dichas ciudades se hallaban bien acreditados, y entre ellos fuerza es hacer mención del padre Sebastian Gonzalez, á quien unían lazos de estrecha amistad con el padre Salazar, de justa nombradía, por la variedad de conocimientos que le adornaban y por las consultas que le dirigían de continuo los gobernantes en materias de Hacienda y de Estado, en las cuales era muy versado. También recibía las inspiraciones del padre Aguado, confesor del conde-duque, el cual, en el largo espacio de veinte y tres años, no tuvo rival en el corazón de Felipe IV, atento él solo con omnimoda voluntad á la absoluta gobernación del Estado.

Pero si no es del caso entrar ahora de lleno en lo que constituye el valor primero de esta correspondencia, alguna cosa hemos de decir, aunque no sea más que para llamar la atención de la clase de nuestros lectores que tenga afición á los estudios históricos, estando convencidos, como ya lo hemos dicho, de que estas cartas han de ser un auxiliar preciso para el que se proponga escribir la historia del penúltimo rey de la casa de Austria. Es tan varia, tan grande en medio de su decadencia, tan famosa por sus alternados periodos de fortunas y desdichas, que puede considerarse su lectura como una lección viva para los reyes y pueblos, digna de tenerse en cuenta.

Peleaban con varia fortuna los tercios españoles en Flandes y en Italia, en Alemania y en Hungría, en Francia y en España. El francés, nuestro más declarado enemigo; el gran Richelieu, su más fuerte y constante instrumento; la Inglaterra, siempre solícita en nuestro daño, no perdonaban ocasión de mostrarnos sus inveterados odios. ¿Cómo, peleando en todas partes, y estas tan distantes, no se habían de consumir nuestras fuerzas, y enflaquecer nuestra robustez, y disminuir nuestro poderío? Errada política la de la casa de Austria, que perdiendo de vista lo interior de la casa y olvidando sus necesidades, quiso entrarse en las ajenas, dominando naciones extranjeras y extendiendo su influencia hasta el punto de serle difícil contar los reinos, plazas, islas, continentes y mares en donde con arrogancia ondeaba el pabellón español. No siendo fuertes en todos los puntos á la vez, una á una perdimos las conquistas; derramábase sin provecho la generosa sangre española, y dilapidábamos, consumiéndolos estérilmente, nuestros inmensos caudales. Rosellon y el Franco Condado y cuanto en Francia poseían los reinos, abrían sus puertas al antiguo dueño, no quedando para nosotros más que la ignominia de la derrota. Cataluña, rebelde, consumía las agotadas fuerzas de nuestra rica patria, al mismo tiempo que Nápoles ayudaba por su parte en continua conspiración, y Portugal rompía definitivamente los lazos que le unían á España, levantando el pendón de Braganza.

Un valioso talento y sin valor, aunque hábil cortesano y apuesto galán, justador, pero no guerrero, gobernaba en nombre del rey, á quien entretenía adormeciéndolo con fiestas espléndidas y maravillosas en los encantadores palacios y magníficos jardines del Buen Retiro. Largo sería de contar y difícil de escribir la brillantez de aquellas lucidísimas comparsas que entraban en liza en los frecuentes torneos, toros y mascaradas. La riqueza de las galas, lo variado de los atavíos, la bizarría y destreza de tan opulentos señores, el sinnúmero de pages y lacayos, la riqueza de los paramentos, el buen gusto de los trajes, competían con las invenciones y artificios á cual más maravillosos, al decir de las relaciones contemporáneas, de las que muchas corren impresas para admiración y quizá para envidia de la generación actual.

Cosa singular: en medio de tanta algazara y tanto bullicio, la sociedad corrompida de la época descubría á cada paso la gangrena que corroía sus miembros, inficionada ya la sangre que por sus venas corría. La dureza de Felipe II, que avasalló con poderosa mano la inteligencia española, oponiéndole fuerte dique, co-

menzaba á dar sus frutos: no se cogen estos cuando se siembran; las semillas son lentas por lo regular en su germinación y desarrollo, y la generación que plantó los árboles no es por lo regular la que se pasea á su sombra. No aparecen tampoco los hechos históricos aislados y sin enlace los unos de los otros, como sin causa y sin antecedente; antes al contrario, todos van eslabonados, y basta la imposición lastimosa de una idea equivocada por un hombre de elevado carácter y de varonil energía, para que á la postre sea origen fecundo de lastimosas desventuras.

Todo lo bueno que en política, en literatura y en artes brilló con esplendente fulgor en los tiempos del emperador y de su hijo Felipe, hasta los gloriosos triunfos que tanto ennoblecieron las armas españolas, traía su origen del tiempo de los Reyes Católicos: la viva llama del patriotismo, del valor y de la inteligencia no se apaga de un soplo, siquiera sea dado por dos gigantes como los que figuran á la cabeza de la dinastía austriaca: á estos, y señaladamente al segundo, es deudora la España de las consecuencias de una política errada, que consistía en la dominación universal; idea falsa, de todo punto equivocada, según ha demostrado la experiencia desde Carlomagno á Napoleón. Lo glorioso, lo grande, lo sublime, se vió y se admiró en Pavia y San Quintín; lo miserable, lo pequeño, lo ridículo, se manifestó en el Rosellon y en Rocroi, en tiempo de Felipe IV.

Viciadas las fuentes de la ciencia y entorpecidos los senderos por donde camina la inteligencia, si aun en la época gloriosa de aquellos colosales las obras del ingenio alcanzaron merecido renombre, ya en los de sus degenerados sucesores apenas fueron citadas, ya que el fundamento fuera trivial, ya que la forma fuese ambigua, oscura y de mal gusto. Todo caminaba al mismo compás, todo alcanzaba el mismo nivel; el faro encendido en tiempo de los Reyes Católicos disminuía de luz hasta el punto de apagarse por completo dos siglos después, en el reinado del último vástago de la casa de Austria.

Tales son las reflexiones que nos ha sugerido la lectura de los últimos tomos del *Memorial histórico* que ha publicado la Academia, y en los cuales, de mano maestra, están pintados cuadros interesantes de las costumbres de aquel tiempo en todos los estados de la sociedad.

¿Cómo extrañar, á la vista de tales acontecimientos, lo que las historias cuentan del reinado de Carlos II? ¿Cómo admirarnos de que, aumentando de proporciones, la enfermedad llegase á inficionar al mismo monarca?

Hallábase la administración de justicia en el estado más lamentable; faltaba la actividad y la energía á los jueces y agentes encargados de administrarla y de ejecutar sus fallos. Por una parte los asilos, muchos en número, abrigaban á los criminales, defendiendo el estado eclesiástico, con un tesón digno de mejor causa, la suerte de los reos, que después de cometido un crimen pretendían burlar el justo castigo en que habían incurrido amparándose en una iglesia; de donde resultaban frecuentes conflictos entre ambas potestades, recursos de fuerza ruidosos, censuras y excomuniones, y algunas veces entredichos escandalosos. Por otra, los grandes y las gentes de valer en la corte hacían gala de proteger á sus criados y dependientes, ó á los ahijados que apadrinaban, siquiera los delitos fuesen de esos que conculan los fueros más santos de la familia y de la sociedad. Las pendeencias entre gente principal, de día y de noche eran frecuentes, y á veces hasta con la justicia misma, siendo cosa común salir el corregidor apeado y los alguaciles heridos en la refriega, que turbaba de continuo el sossegado sueño del pacífico vecindario. En Alcalá, dice la correspondencia que tenemos á la vista, hay refrán de que mueren allí de viejos los ladrones, y que há muchos años que no se ha hecho de ninguno justicia. Después se refiere un caso raro, en el que los estudiantes libertaron del garrote á un reo, estando ya sentado en el banquillo; y de iglesia en iglesia, ocurriendo el accidente de defender un lego, espada en mano, la portería de su convento contra el corregidor y sus alguaciles, lo sacaron de la ciudad, perdonándole después la pena que tan merecida tenía.

Los capeadores, esto es, ladrones de capas, menudeaban en la corte haciendo de las suyas, sin perdonar las entradas y salidas de Palacio ni respetar la clase y gerarquía de las personas. La justicia se conoce que comenzaba á salir de su letargo, y con crueldad, como acontecía en aquellos tiempos, que después de un largo descuido se recababa lo perdido á fuerza de sangre. Dicen las noticias de Madrid: « Por dos quemados que hubo la semana pasada de parte de la villa, sacáronse en esta, de la corte, cuatro á ahorcar y uno á degollar, todos por capeadores famosos y ladrones, que no habían dejado calle en Madrid adonde no hubiesen hecho de las suyas, y entre otras matado á un clérigo sacerdote porque no quería soltar la capa, y al duque de Híjar quitáronle la suya, el broquel y la espada, aunque su excelencia, que se precia de valiente, corrido de lo que se ha dicho, lo niega fuertemente. » La gente vivía sin regla ni ley, y la justicia, que andaba también á estocadas con los foragidos, se vengaba en vez de castigar, cuando le llegaba su vez, no con la impasibilidad de su noble profesión, sino con la furia y saña de un enemigo.

La Academia ha tenido el singular placer de adjudicar el premio ofrecido en concurso á dos trabajos literarios de mérito relevante, imprimiéndolos á su costa,

en el año de 1865 y 1866; uno sobre el asunto: *Juicio crítico y significación política de D. Alvaro de Luna*; y el segundo sobre el tema: *Estado social y político de los mudéjares de Castilla, considerados en sí mismos y respecto de la civilización española*, debidos á la pluma del señor Rizzo y á la de nuestro compañero el señor Fernandez y Gonzalez. Acogidas estas obras con aplauso del público, no es del caso encarecerlas aquí; su mérito está sobre todo encarecimiento.

Desearo la Academia continuar la tan encomiada y conocida obra de sus Memorias, tiene ya en prensa y próximo á dar á luz el tomo IX de tan interesante colección, y aparecerán en él los trabajos siguientes: *Exámen crítico de la restauración de la monarquía visigoda en el siglo VIII*, por el señor Caveda; *Descripción de la vía romana entre Uxama y Augustobriga*, por el señor Saavedra; *Sobre las paces celebradas entre Mahoma, rey de Granada, y Don Juan II de Castilla, en 1439*, por el señor Amador de los Rios.

Prosigue la Academia con laudable empeño los trabajos emprendidos hace seis años, y si no ha dado á luz ya algunas muestras de la laboriosidad de los académicos, que los tienen encomendados, es debido á dificultades de los tiempos, que se procuran vencer y que se vencerán sin duda á fuerza de la perseverante voluntad para llevar á cabo ciertas obras que han de ser de suma utilidad para la ciencia, como que pueden considerarse como el cimiento en que descansa la historia de España. Ya lo habeis oido, señores académicos, de los labios del señor secretario, en el elocuente y meditado discurso que acaba de leer. Ya sabeis el estado verdaderamente próspero de las obras emprendidas, no menos que el resultado de las continuas tareas de este instituto.

Dedicados al descubrimiento, análisis é interpretación de las antigüedades, los individuos de esta comisión han presentado en los últimos años trascurridos informes de un mérito tan relevante, que colocan á nuestra Academia al nivel de los primeros cuerpos científicos europeos. Merecen mencionarse entre todos, el que ha recaído sobre el notable descubrimiento de nuestro correspondiente el señor Góngora, de tiempos prehistóricos el de nuestro compañero el señor Amador de los Rios sobre el cuchillo de piedra encontrado en Cerro Muriano, y el descubrimiento de la Colonia Salavia por el referido señor Góngora en el sitio denominado Ubeda la Vieja. Si á esto agregamos los luminosos informes sobre numismática, descubrimientos y excavaciones, que no pueden darse con acierto sin una profunda reflexión sobre tan delicadas materias, y que suponen un vastísimo estudio, conocerá desde luego el público inteligente á que nos dirigimos la utilidad que á la ciencia histórica ha producido este cuerpo literario y la que ha de producir en lo sucesivo. La época, señores académicos, no es de las mejores para trabajos de esta especie. Distruidos los ánimos con la memoria de turbulencias pasadas; preocupados con el temor de nuevas calamidades; perezoso el entendimiento para entregarse á los placeres de la ciencia especulativa; sin justa retribución tanto afán y tan grande meditación, ¿no es, señores, doblemente meritorio amar á la ciencia por ella misma, cuando están cerrados todos los caminos que conducen al hombre á su prosperidad y engrandecimiento por solo el cultivo de las letras?

El círculo de los lectores se estrecha cada vez más; varias causas, obstáculos imposibles ó muy difíciles de vencer, á ello contribuyen; nuestras mejores obras yacen ignoradas en los almacenes: doble mérito es el de no desanimarnos y cumplir con los fines de nuestro instituto, imitando la conducta de los que nos precedieron. Tal vez nos esperan mejores tiempos; pero en el entre tanto, la Academia continúa su obra y nada omitirá para ilustrar y esclarecer los puntos dudosos, acrisolando los acontecimientos pasados, rectificando errores, combatiendo preocupaciones y limpiando los horizontes de la historia patria hasta de la más ligera mancha que empañe su brillante luz.

Permitidme, señores académicos, que al concluir vuelva á mostraros mi agradecimiento por las bondades que me habeis dispensado, y que hoy, que tan rebajadas se hallan las grandezas y gerarquías sociales y políticas, estime en todo lo mucho que vale el voto unánime y libre que me coloca sin merecimientos á la cabeza de este cuerpo literario.

La Resurrección,

COPIA DE UN CUADRO DE CARLOS VANLOO.

El académico Dandré Bardon ha consagrado á Carlos Vanloo una interesante noticia, en la cual nos dice que, entre otras composiciones religiosas, había pintado la *Resurrección de Jesucristo*. Al fallecimiento del artista, ocurrido en 1765, este cuadro se hallaba en Besanzon, y no sabemos si existe aun en alguna de las iglesias de esta ciudad.

Por su nacimiento y educación, Carlos Vanloo tenía un origen italiano. Nacido en Niza en 1705, estudió con un maestro no muy famoso, Benedetto Luti. Como su profesor y como la mayor parte de los italianos de aquella época, solía ver las cosas bajo el punto de vista decorativo, y le ocupaba menos el expresar las alegrías y las tristezas de la humanidad, que el buscar una com-

binacion de efecto y un colorido vistoso. Sus figuras toman actitudes forzadas, todo con el fin de plegarse á las exigencias del estilo de ornato.

Dominado por tales ideas, naturalmente Carlos Vanloo alcanzó menos triunfos en la pintura religiosa que en las decoraciones mitológicas y galantes. La *Resurreccion* era un asunto demasiado serio para aquel pincel frívolo; pero los maestros del siglo XVIII tenían á su servicio tantos recursos, que Vanloo acertó á tratar esta composicion de carácter tan severo. Preciso es reconocerlo así, en vista de la lámina que reproducimos.

Un ángel acaba de levantar la pesada piedra del sepulcro, y Jesus resucitado sube en el espacio luminoso con la frente coronada de la mistica aureola, y extendidas las manos como para tomar posesion del infinito. A sus piés están los soldados encargados de guardar el sepulcro; uno está todavía dormido, y el otro, que se ha despertado de repente, echa mano á la lanza y parece confundido ante el prodigio que acaba de cumplirse y que él no comprende. Aunque el dibujo presenta en ciertas partes algunas vulgaridades, y aunque la cabeza del ángel carece de carácter, en la obra hay vida. Desgraciadamente para Carlos Vanloo, el asunto ha inspirado á los principales maestros del renacimiento, y en esta comparacion el mérito de su pintura disminuye sobremanera.

R. V.

Explosion

EN LA PLAZA DE LA SORBONA.

El martes 16 de marzo á las tres y cincuenta minutos de la tarde, el barrio tan quieto y apacible de la Sorbona se conmovió profundamente por una detonacion formidable que se habia oido de repente. Con efecto, una explosion semejante á un cañonazo, y que se oyó á mas de un kilómetro de distancia, abrió



LA RESURRECCION, copia del cuadro de Vanloo.

la tierra haciendo oscilar los edificios en sus cimientos, de tal modo que por de pronto creyóse que ocurría un terremoto.

En las habitaciones los muebles experimentaron

un sacudimiento; varios objetos se vinieron al suelo; abriéronse por sí mismas las ventanas, y algunas persianas arrancadas de sus goznes cayeron derribadas. Diferentes habitantes de las casas de la Sorbona quedaron tambien tendidos en el suelo á consecuencia de la conmocion experimentada por los edificios; á otros alcanzaron cristales rotos que les causaron heridas mas ó menos graves.

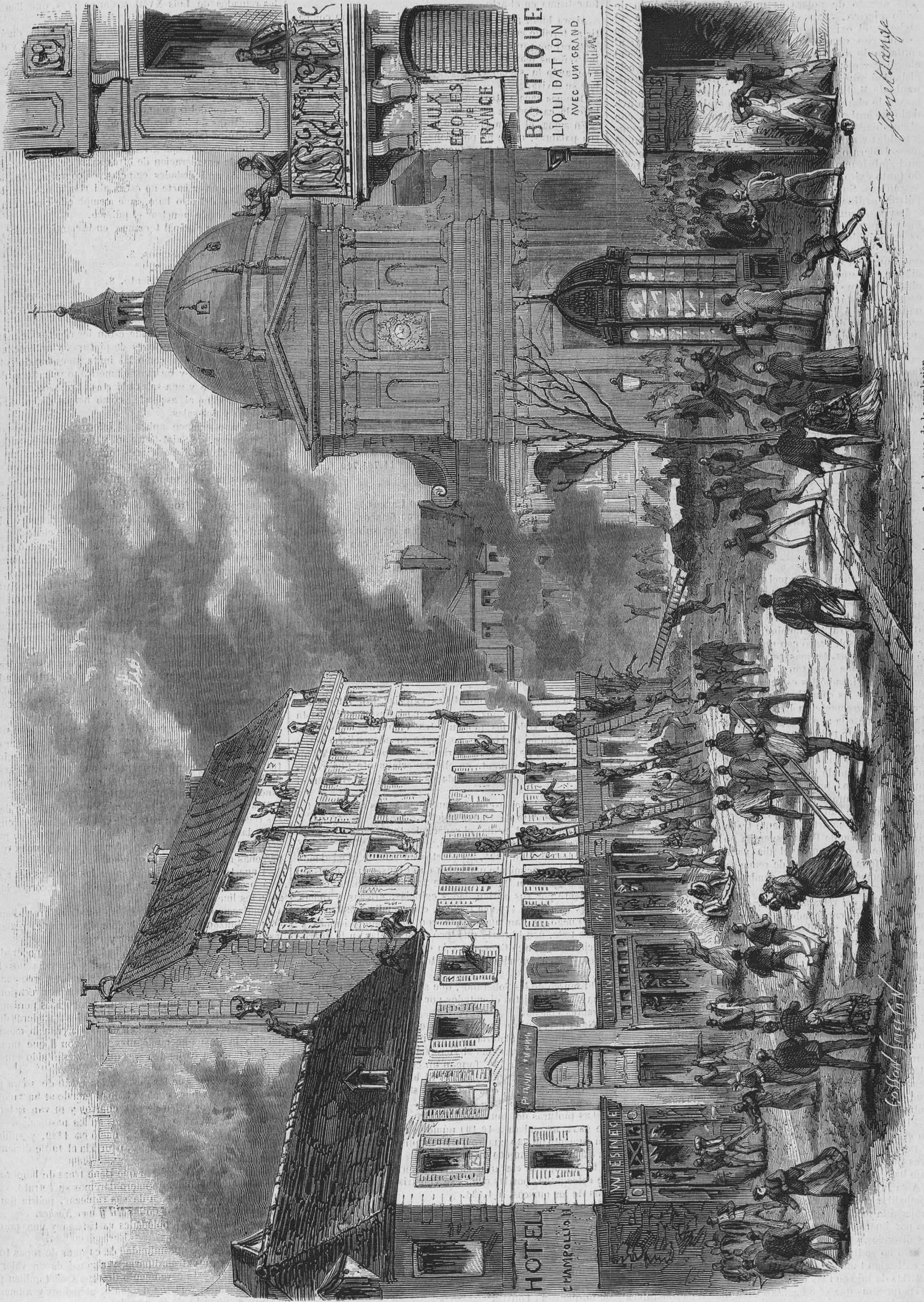
Al mismo tiempo un espeso humo, mezclado de llamas azuladas, salia de los bajos de la casa situada en el ángulo de la plaza de la Sorbona y de la calle de este nombre, en que se hallan los almacenes de M. Fontaine, fabricante de productos quimicos, donde acababa de ocurrir la explosion que tan fatales resultados produjo.

Desde los bajos de la casa en que se declaró el incendio, comunicóse este en seguida á los demás puntos de los almacenes extendiéndose luego por el entre-suelo y hasta por el primer piso del edificio. Presentáronse en el acto los mas oportunos auxilios y empleáronse para combatir el incendio cuatro bombas.

A las cuatro y media se habia conseguido ya dominar las llamas, y se pudo ver las tristes consecuencias que produjeron.

Pero ¡qué de desgracias! Mas de cinco víctimas yacian inertes en la calle. En medio de la emocion causada por tan espantoso drama, se pensó sin embargo en salvar á los numerosos vecinos de la casa; se aplicaron escalas, por donde bajaban mujeres y niños, y de los escombros sacaban heridos, hombres desmayados; el cuadro era conmovedor hasta el extremo.

Y esta desgracia habia sido causada por una chispa que cayó casualmente sobre una pólvora fulminante. Incendiáronse 25 kilogramos de esta pólvora, hecha con base de picrato de potasa, es decir, una cantidad mil veces mayor de la que deberia usarse en los trabajos de un laboratorio, existente dentro de los muros de una poblacion civilizada.



Jamet-Lange

Coffet

PARIS. — Catastrofe de la plaza de la Sorbona. — Las casas números 2 y 4 despues de la explosion.

Digamos algo sobre este terrible producto.

El picrato de potasa es un compuesto formado de ácido pírico, cuyos elementos constituyentes son, el carbono, el oxígeno, el hidrógeno y el azoe; este ácido se une con una base, que es la potasa; se prende al contacto de una llama, pero no hace explosión por el choque, y en realidad no ofrece peligro cuando está aislado ó mezclado con salitre; pero la pólvora fulminante de M. Fontaine estaba formada de picrato de potasa y de clorato de potasa, cuerpo eminentemente oxidado y comburante. El ácido pírico, combinado con el amoniaco y el óxido de hierro, produce sales combustibles y explosibles que se usan para hacer cohetes; mas el picrato de potasa se emplea casi exclusivamente en la fabricación de las nuevas pólvoras que han tenido tanto éxito desde hace dos años en Francia y en el extranjero. Su fuerza es diez veces superior á la de la pólvora ordinaria.

Los gases que se desprenden durante la combustión instantánea del picrato de potasa al aire libre son: el azoe, el ácido carbónico, el vapor de agua y el bióxido de azoe; estos gases ocupan un volumen considerable, que aumenta la alta temperatura que se desarrolla; se dilatan con una violencia irresistible y vencen todos los obstáculos que se oponen á su expansión. Cuanto mas resiste el obstáculo mas formidable es la explosión, pues nada resiste á la brusca separación de moléculas gaseosas que se dilatan, y aquí la fuerza de los átomos es superior á la de las paredes de hierro mas tenaces.

Este hecho ha encontrado una triste prueba en el caso presente, y si el establecimiento no hubiese sido tan vasto, y con tantas salidas, la casa entera habria podido reducirse á cenizas, bajo la expansión de muchos centenares de toneladas de gas que se produjeron súbitamente en un lugar pequeño. ¡Quiera Dios que este ejemplo enseñe la prudencia á los que manejan tan temibles productos!

G. A.

Revista de Paris.

No andaba equivocado aquel astrólogo del siglo XIX de que hablamos en una de nuestras últimas revistas, cuando nos anunciaba para las Pascuas todos los rigores mas excesivos del invierno mas inclemente. Su pronóstico se ha cumplido al pié de la letra. El domingo de Pascua, que amaneció con un claro sol, acabó con una nevada digna de los Alpes ó de los Pirineos. Lo mas terrible fué que la población de Paris, engañada con tan falaces apariencias, se puso en movimiento, invadió las estaciones de los ferro-carriles y se diseminó por las campiñas de las inmediaciones de Paris á celebrar alegremente la llegada de la primavera. Pero á la vuelta fué ella: ya han pasado ocho dias desde la catástrofe, y la gente todavía se sopla los dedos. El dia siguiente las carreras de caballos de Vincennes hubieron de aplazarse por causa del mal tiempo, y la feria llamada del PAIN D'ÉPICE, sorprendida por la nieve, presentaba un aspecto nunca visto. Los productos comestibles de la ciudad de Reims, esas figuras de todas dimensiones, la alegría de los muchachos que van á la feria, los pasteles de Nanterre, los huevos de Pascua artísticamente trabajados, y toda la variada fabricación de Paris, esperaba en vano á los compradores, que no estaban aquel dia para paseo. Afortunadamente la feria dura un par de semanas, y es de esperar que en ese tiempo tendremos un cambio favorable de temperatura.

En cambio del retraimiento forzoso á que los frios de esta primavera han condenado á los parisienses, la semana de Pascuas ha sido abundante en fiestas nocturnas. Otra vez los salones han abierto sus puertas, y segun las crónicas mundanas rara vez se habrá visto una despedida de temporada tan animada y tan brillante. El lujo en estas reuniones toma proporciones extraordinarias y en aumento siempre, y hay quien se pregunta con fundada inquietud si por fin tendrán un término racional las costosas exageraciones de la moda.

A propósito de este ruinoso lujo que invade nuestras costumbres, acaba de publicarse un opúsculo interesante, que parece la segunda parte de aquella tremenda filípica que el difunto M. Dupin dirigió á la generación femenina contemporánea. Tambien el autor es un eminente magistrado que calla su nombre, y que por consiguiente no nos creemos autorizados para revelarles.

El folleto tiene dos capítulos, que se titulan el primero: *Lo que deploramos*, y el segundo *Lo que pedimos*.

Después de haber atribuido la corrupción de las costumbres públicas al lujo, el autor nos pinta los estragos del lujo bajo sus tres conceptos, moral, económico y social.

A su juicio, de todo tiene la culpa este intruso, que debe combatirse con toda clase de armas: él nos ha traído la mujer á la moda, la depravación en el amor, los casamientos por dinero, el aumento de los crímenes conyugales, de los divorcios, etc.

Pero no se limitan á esto los estragos del lujo, sino que se extienden tambien al comercio y á la industria: las industrias de lujo son las menos retribuidas, y él es la causa de las quiebras que se aumentan cada dia en considerables proporciones.

Finalmente, tambien el lujo ha ejercido una influencia funestísima en el arte.

Ahora bien, ¿qué medios propone el autor para combatir al terrible enemigo, segun él le llama?

El primero que nos presenta es el del ejemplo. Dice que las señoras mas encumbradas han de tomar la iniciativa adoptando la sencillez, en vez de la exageración, que es hoy su divisa.

Después señala otros medios, como verbigracia, el trabajo, la caridad, la agricultura y el impuesto.

En suma, el autor cree que nuestro enemigo el lujo, son sus palabras, no se ha posesionado tanto de nosotros, que no nos queden bastantes fuerzas para reunirnos y luchar contra él, poniendo en obra recursos tan prontos como energicos.

¿Qué efecto surtirá el opúsculo de que acabamos de dar una ligera idea? ¿Será siquiera leído por las personas á quienes mas especialmente se dirige? Mucho tememos que pase ignorado en el cúmulo de las publicaciones que cada dia salen á luz en Paris y se ostentan en los escaparates de las librerías, hasta que otra oleada, que nunca tarda en llegar, las sepulta para siempre en el olvido.

Otra publicación que tiene un interés de índole muy distinta, se ha dado á la estampa el sábado último: es un curioso informe del superintendente de Bellas Artes, conde de Nieuwerkerke, sobre la situación de los museos imperiales desde 1853 hasta 1868.

¿Qué de progresos y de mejoras realizados en este período! Los objetos á que se refiere el informe se hallan repartidos en los museos del Louvre, del Luxemburgo, de Versalles y de Saint-Germain, así como en los diferentes palacios y residencias imperiales.

Verdad es que para que haya habido el notable aumento de estos objetos que figuran hoy en las colecciones, se han necesitado grandes capitales. Con efecto, el total de los créditos concedidos por la lista civil desde 1853 hasta 1868 inclusivamente, se eleva á la suma de 11.764,700 francos, repartidos del modo siguiente:

Personal, 3.860,340 francos.

Material y conservacion, 3.118,760 francos.

Adquisiciones y subsidios, 4.785,600 francos.

Además de las compras hechas con las subvenciones de la lista civil, los museos se han enriquecido con la célebre colección Campana, con los cuadros procedentes de la galería del mariscal Soult adquiridos á costa del Estado; con los donativos frecuentes de S. M. el emperador, que comprenden un número considerable de objetos, y finalmente, con los envíos de diferentes ministerios.

Después de esta exposición el informe entra á examinar detalladamente, las variaciones que ha habido en cada una de las secciones de estos museos desde 1853, y aquí encontramos datos por demás curiosos. Veamos cómo el asombroso museo del Louvre se ha enriquecido en estos últimos tiempos.

En la sección de antigüedades egipcias, tan interesante para la historia de los Faraones, casi desconocida hasta hace medio siglo, los monumentos y objetos diversos que han entrado en el Louvre, se elevan en el susodicho período á la cifra de 10,580. La riqueza de esta sección es incomparable, y se cuenta en ella especialmente una colección de figuras de las divinidades que no tiene rival en el mundo.

Las salas de las esculturas antiguas y modernas han tenido un aumento de 15,000 objetos.

Las de la edad media, el renacimiento y los tiempos modernos no han progresado tanto.

Por los años de 1825, los objetos de arte de la edad media y del renacimiento que habia en el museo eran escasos; pero la colección Durand, que se adquirió entonces principalmente por sus antigüedades egipcias, griegas y romanas, y que costó 480,000 francos, comprendia 7,380 artículos. Luego se han aumentado con otras adquisiciones, y sobre todo, con la parte que tocó á estas salas en la distribución del museo Campana y la cesión del museo Sauvageot, que comprendia 1,677 objetos tasados en un millon de francos.

El museo de los Soberanos, que se creó en 1852, contiene una serie de objetos ejecutados por artistas franceses en diferentes épocas.

Nada mas curioso que este museo, compuesto de armas, alhajas, piezas de platería, manuscritos, devocionarios, muebles preciosos, ropas que sirvieron á distintos soberanos, y que, en número de 430, forman un conjunto de un alto interés y de un valor considerable. El devocionario de la reina Catalina de Médicis, que figura en esta colección, ha costado 60,000 francos.

Las pinturas del museo del Louvre, segun el inventario de 1852, ascendian á 10,109 números: después ha habido un aumento de 730 cuadros, y las adquisiciones han costado la cantidad de 450,000 francos.

Los dibujos se elevan á 35,544 números, y las planchas de calcografía, por las cuales se vulgarizan las obras maestras de los museos, á 1,535.

Por último, las secciones de marina y de etnografía se han enriquecido con unos 1,500 objetos, que consisten en producciones artísticas é industriales de todos los países, planos y cuadros de construcciones navales, armas y objetos diversos.

Sigamos ahora al informe en la enumeración de las salas y galerías del museo, que dará á nuestros lectores una idea de lo que es el Louvre.

En tiempo del primer imperio habia solo diez y nueve

salas, que se aumentaron hasta cuarenta y cuatro durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X, y que llegaron á ochenta y nueve en tiempo de Luis Felipe.

Desde el reinado actual el Louvre ha sufrido, digámoslo así, una transformación completa. Ciento cuarenta y dos salas están hoy abiertas al estudio y al público.

Hé aquí la designación de estas salas en sus respectivas secciones:

Esculturas antiguas, 25.

Esculturas del renacimiento, 6.

Esculturas de los tiempos modernos, 6.

Esculturas (almacenes y talleres), 5.

Esculturas antiguas griegas y orientales, 9.

Sigue la enumeración de otras salas de esculturas africanas, de antigüedades egipcias, calcografía, etc., de las cuales la mayor parte no están abiertas aun, y luego el total general del piso bajo, que comprende cincuenta salas en donde puede penetrar el público.

En el piso principal tenemos, en las antigüedades, 9 salas abiertas.

Museo de los Soberanos, 5.

Pinturas primitivas, 3.

Edad media y renacimiento, 8.

Pinturas, dibujos, etc., 28.

En resumen, en el primer piso del Louvre hay setenta y seis salas abiertas al público.

En el segundo piso, donde están los objetos de marina y de etnografía, con secciones de pinturas y antigüedades, y colecciones notables, como las imitaciones fraudulentas de objetos antiguos, y un museo americano que tiene dos salas, hay veinte y una salas abiertas al público.

El total general asiende, como hemos dicho, á ciento cuarenta y dos salas.

El mismo examen aplica el informe á los museos del Luxemburgo, de Saint-Germain y de Versalles, y después de hablar de las disposiciones tomadas para facilitar el acceso y el estudio en todas las diferentes secciones que abrazan estos museos, principalmente el del Louvre, el superintendente de Bellas artes concluye diciendo que desde el advenimiento al trono de Napoleon III, las colecciones se han aumentado con mas de 45,000 monumentos y objetos de arte repartidos entre las diferentes colecciones.

Ya hemos visto que la antigüedad se ha llevado la mayor parte en este progreso, pues con efecto, los monumentos egipcios han tenido un aumento de 10,580 objetos, y las antigüedades no pertenecientes á la tierra de los Faraones y los Tolomeos, han recibido un refuerzo de 15,000.

Luego se ha creado en el palacio de Saint-Germain, por decreto de 8 de marzo de 1862, un museo de antigüedades galo-romanas que se inauguró, como oportunamente dijimos á nuestros lectores, el 12 de mayo de 1867.

Este museo comprende once salas, en las cuales hay 12,000 objetos, la mayor parte de ellos de antigüedad propiamente dicha, y consistentes los restantes en monedas galas y romanas, libros, folletos y albums arqueológicos. Es una colección de alto interés para la ciencia.

Mas á todo esto no nos olvidemos de señalar aquí uno de esos acontecimientos que tienen el privilegio de llamar siempre la atención de los parisienses. Decimos acontecimientos, porque á la verdad como tales pueden considerarse los hechos que se encuentran en este caso, aunque su importancia sea muy discutible y contestable.

Nos referimos pues á la llegada de un personaje de países remotos, el famoso nabab de las provincias de Bengala, hospedado en el Gran Hotel, acompañado de su hijo primogénito, de un secretario, un edecan inglés y unas quince personas mas que forman su comitiva.

Si nuestros lectores desean saber los nombres del nabab, será preciso que tengan la paciencia de recorrer las siguientes líneas:

Mumtazamul-Mooock-Mohsumood-dow-Cah-Fureed-Ponjah-Sound-Munzoor-Ali-Khan-Rahadoor-Musrutjung, nabab de las provincias de Bengala Behar y Orissa.

Como era natural, la crónica de Paris se ha apoderado de este numeroso grupo de extranjeros, y cada dia nos hace revelaciones acerca de sus usos y costumbres, que son leídas con avidez por los que no tienen tiempo ó ocasión de ir á observar por sí mismos á tan desconocidos personajes.

Los sirvientes van por las mañanas á los mataderos donde degüellan los carneros que han de servir para la mesa del nabab y la de sus acompañantes, en razon á que ninguno de ellos comeria carne de reses que hubiesen sido muertas por manos extrañas.

Dicese tambien que los dormitorios están de sobra para estos sirvientes; pues cuando todo el mundo se ha recogido en el Hotel, ellos salen de sus cuartos y se van á tender delante de las puertas de sus amos en los pasillos.

El nabab Mumtazamul, etc., nació en 1829, y subió al trono á la muerte de su padre, ocurrida el 19 de diciembre de 1838.

Los que le han visto dicen que tiene traza de hombre inteligente. En el próximo número daremos su retrato.

Lo que se cuenta acerca de sus riquezas, podria figurar con brillo en los cuentos de las *Mil y una Noches*.

Posee en la India propiedades vastísimas y una porción de palacios.

A Paris ha traído una infinidad de cajones de ropas todas ellas de un lujo extraordinario, y algunas de un valor inapreciable. Con este cargamento de ropa trae tambien preciosas porcelanas y jarros de plata, utensilios y alimentos de su país. En esto de la comida parece que se muestra muy riguroso; no olvida un instante que es mahometano.

Su familia se compone de diez y ocho hijas y catorce hijos, de los cuales le acompaña el primogénito, como ya hemos dicho.

Su permanencia en París no durará mas de una semana, de modo que los curiosos no tienen tiempo que perder si quieren contemplarle.

A propósito de fortunas colosales, cuando ocurrió la muerte del señor baron de Rothschild, señalamos en estas crónicas las diferentes cifras en que se calculaban sus capitales; pero ahora resulta que aquellos guarismos no eran exactos, pues como el baron tenía posesiones en distintos puntos del universo era difícil calcular entonces de un modo seguro. En el día el cálculo está hecho, según se anuncia, y la fortuna en cuestion asciende á la cantidad de 1,700 millones de francos. Tal era el haber del rey de los banqueros.

Nada tenemos que decir esta semana en punto á teatros. Las nuevas funciones son ya conocidas de nuestros lectores, y entre las noticias sobre novedades próximas, la única digna de citarse es la que se refiere á una producción de M. Octavio Feuillet, que se ensaya activamente en el Teatro Francés y cuyo título es *Julia*. Se espera que la primera representación podrá tener efecto á mediados de este mes de abril, y se cuenta con un triunfo. Deseamos que se vea cumplido este feliz pronóstico

MARIANO URRABIETA.

La historia de un pensamiento.

(Continuacion.)

Mientras con queja triste y lastimera
Así clamaba al cielo
Alberto, en la ribera
Lejana dos mujeres se veían
Que lloraban también y que gemían.
A la débil balandra
Que divisaban en la sombra apenas
Seguían con la vista desde el puerto:
Y un nombre ¡Alberto, Alberto!
Una y otra clamaban,
Y brisa y mar ¡Alberto! repetían,
Y brisa y mar ¡Alberto! murmuraban.

IV.

Las horas de la ausencia son las horas
Mas tristes y mas largas de la vida.
Se rinde á su dolor el alma herida,
Como á recias tormentas el bajel:
Se conmueven las fibras mas profundas
Por secreto, fatal presentimiento,
Y se apaga la luz del pensamiento,
Y palidece el astro de la fe.

Todo es fúnebres quejas en la tierra,
Todo en el corazón yerto vacío;
Do quiera soledad y árido hastío
Do quiera luto, sombras y pavor.
La ausencia para el alma enamorada
Es un abismo lóbrego, profundo;
Como el postrer adiós de un moribundo,
Como un cielo sin himnos y sin Dios.

¡Infeliz de la joven cuyo pecho
Tembló anhelante y palpitó de amores,
Que de marchitas y amorosas flores
Tejió coronas á su casta sien!
¿Qué hará distante de su dulce dueño
En el rigor de su pesar tirano?
¡Su mal lamenta, y lo lamenta en vano,
Implora en vano en el altar por él!

¿Qué importa que la tierra generosa
Brinde placer y espléndida ventura,
Si en un mar de dolor y de amargura
Se siente el corazón desfallecer?
¿Qué importa que los cielos se coronen
De franjas de oro y de azulado manto,
Si vierten nuestros ojos turbio llanto,
Y nada, nada, al horizonte ven?

¡Oh, dejad el placer á los felices,
Ebrios de pompa, y ricos de grandeza;
A los tristes dejadles su tristeza,
Sus frías noches, su inclemente afán!
¡Dejadles los suspiros solitarios,
Las noches melancólicas de luna,
Porque el brillo del sol les importuna;
Dejadles la nocturna soledad!

Y no turbeis de los amantes tristes
Que lloran el rigor de ausencia larga
La honda meditacion, la queja amarga
Que al cielo elevan juntamente dos.
¡Compadece al desgraciado amante
Que en extranjera playa sufre y gime:
Respetad su dolor, porque es sublime,
Es sagrado el dolor del corazón!

V.

Para la hermosa María
Así pasaban las horas
Lentamente trascurriendo
En soledad dolorosa.

Sobre el pecho reclinada
De la anciana en quejas sordas
Deploraba de la ausencia
Las horas largas y odiosas.

Ante el altar prosternada
De la Virgen, protectora
De los tristes navegantes
Perdidos sobre las olas.

¡Cuántas veces ha implorado
Por su amante en fervorosas
Oraciones virginales
Arrancadas en las sombras!

Como en selva solitaria
Gime abandonada tórtola
Por su consorte querido
Suspirando en quejas roncadas,

Por el ausente marino
Que vaga en lejanas costas
La dulce y tierna María
Destrozada gime y llora.

Las lágrimas arrancadas
Al dolor que la congoja
Se confunden con el llanto
De su madre cariñosa.

Ambas pronuncian apenas
Un nombre que ambas adoran,
Y sienten á su recuerdo
Ideas negras que brotan.

Y en el mísero abandono
Del pesar que las devora
¡Ay! ¡cuán largos son sus días!
¡Cuán amargas sus memorias!

¡Oh amor, tus sagrados lazos
Que á las almas aprisionan,
Son para muchos de muerte,
Son para pocos de gloria!

« ¡Madre mia, madre mia,
No sé qué mal me destroza:
Es una angustia de fuego
Terrible, devastadora!

¡Siento un secreto dolor
Que hiere las fibras hondas
Del corazón, sangre y llanto
Destilando gota á gota!

Madre, no sé lo que es;
Pero en mi pecho se agolpan
Mil imágenes de duelo,
Sombras amenazadoras.

Me parece en la ventana
Oír una voz.

— Las olas ..
Son las olas, hija mia,
Que se rompen en las rocas. »

¿Oyes?... ¡oye, madre mia!
Extrañas voces me nombran:
¡Yo oigo gemidos lejanos,
Campanas lentas que doblan!

Siento el hielo del sepulcro...
¡La falta de aire me ahoga!

¡Acércate, madre mia...
Pon tus labios en mi boca!

¡Ay, es un beso de muerte
Tu beso, madre amorosa!...
¡Me falta luz... me circundan
Negras, fatídicas sombras!»

Así clamaba, postrada
De ardiente fiebre, en las horas
Solitarias y profundas
De una noche borrascosa,

La huérfana desdichada
En moribunda congoja:
La anciana vela á su lado
Afligida y cautelosa.

Voraz la fiebre, se aumenta;
Horrible mal la devora;
Y en su espíritu abatido
La fuerza vital se agota.

¡Tened, horribles puñales
De las desventuras hondas,
No despedaceis el pecho
De la mas limpia paloma!

Sobre un ataúd modesto
Luce una humilde corona
De inocentes azucenas
Que entretejidas la adornan:

Símbolo de la inocencia
De una virgen seductora
Que en el sueño de la muerte
Su blanca frente reposa.

VI.

Volver á la dulce patria
Después de ausencia lejana,
Y en amargura inhumana
Sentirse desfallecer:
¡Ver trocadas de repente
En amargas decepciones
Las hermosas ilusiones
De virtud y de placer!

¡Hallar de menos un ángel,
Muerta una mujer querida!...
¡Y sobre el mar de la vida
Irritada tempestad!
¡Y en vez de alegres sonrisas,
Claro sol y hermoso cielo,
Sombra densa, turbio duelo
Y una tumba en qué llorar!

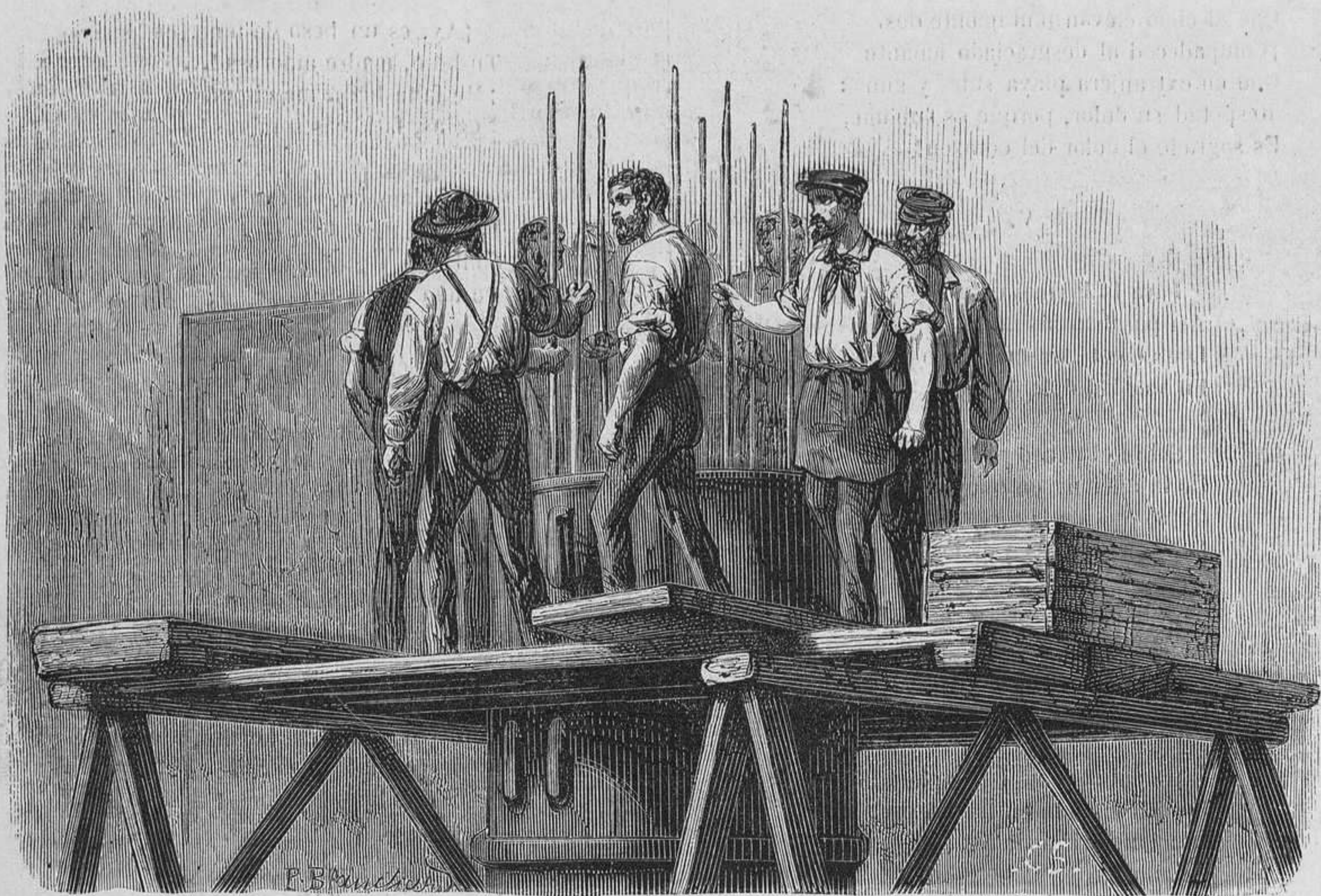
¡Eso es clavar en el alma
La mas honda puñalada,
Y sentirla desgarrada
Por el áspid del dolor!
¡Y en el abandono ingrato
De la alevosa fortuna,
Eso es romper una á una
Las fibras del corazón!

¡Quien gimió con esas penas
Y lloró con ese llanto,
Desdichado, sabe cuánto
Puede el corazón sufrir:
Sabe cuán triste es la vida
Sin amor y sin ventura,
Envuelto en la noche oscura
De un horrible porvenir!

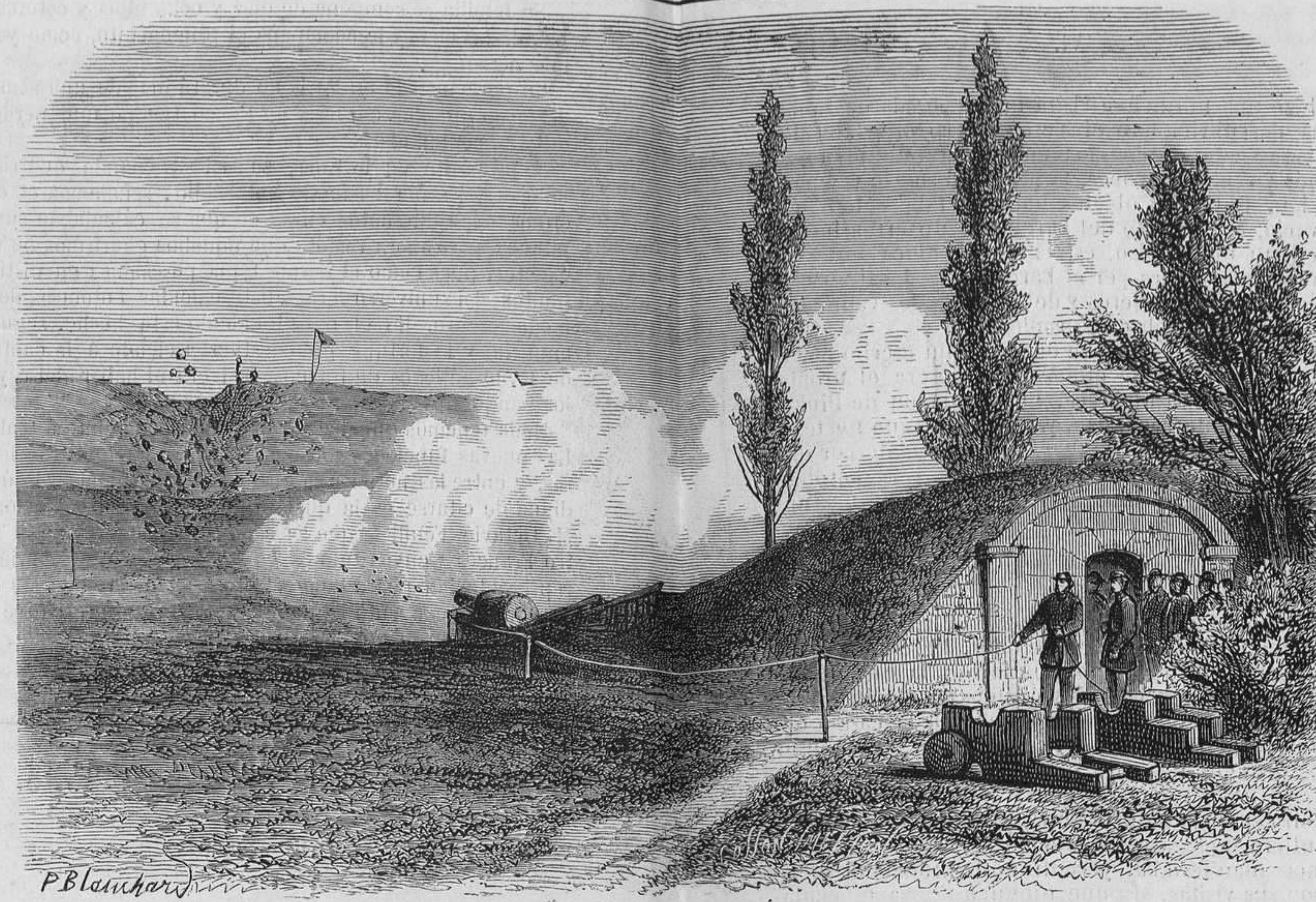
Así abandonado Alberto,
Sumido en dolor profundo,
Nada encuentra sobre el mundo
Que lo pueda consolar:
¡Es el pájaro sin nido
Que alza trémulos lamentos,
Arrastrado por los vientos
En alas del temporal!

CARLOS WALKER MARTINEZ,

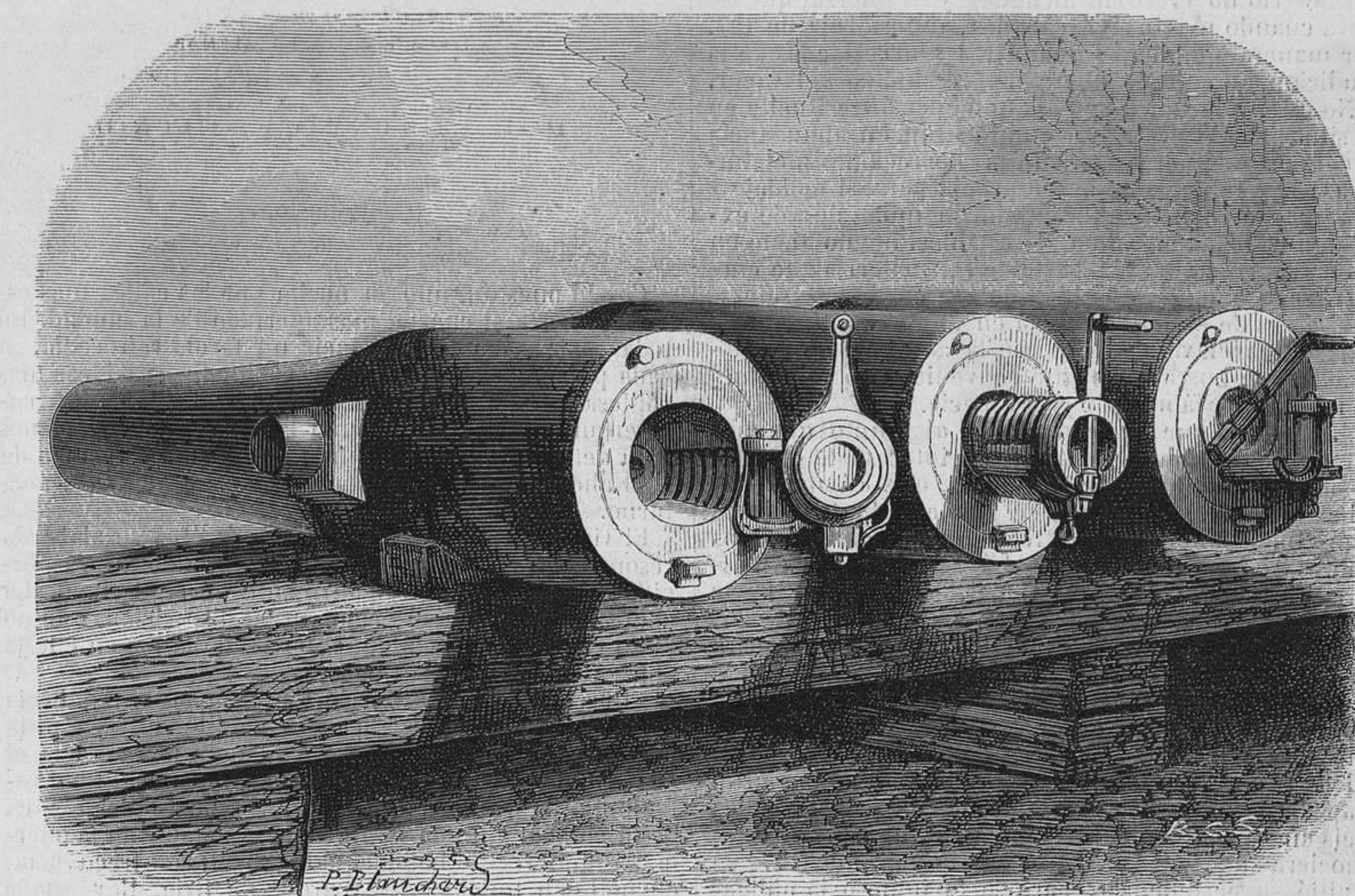
(Se continuará.)



Fabricacion de los moldes.



La prueba.



Sistema para cerrar las culatas.

Los grandes establecimientos

DE LA MARINA IMPERIAL DE FRANCIA.

FUNDICION DE CAÑONES DE RUELLE.

La artillería, y especialmente la de marina, ha sufrido una verdadera transformación en estos últimos años. Durante mucho tiempo no hizo progreso alguno: la forma dada á los cañones, las reglas que habían de ob-

servarse en su fabricación, estaban determinadas casi invariablemente y solo se modificaron ó perfeccionaron en los detalles. La aparición de los buques de coraza fué en este punto la señal de una revolución completa. Contra los navios forrados de hierro era impotente la antigua artillería; preciso fué pensar en hacer otra, y en hacerla bastante poderosa para que triunfara de aquellas armaduras invulnerables á los proyectiles que se habían empleado hasta entonces.

Pusieron pues manos á la obra, imaginando mil perfeccionamientos para dar á los cañones mucho mayor

alcance y á los proyectiles mayor fuerza de penetración. Aun no hace veinte años las piezas de mas grueso calibre arrojaban apenas á dos mil metros balas de 27 kilogramos de peso cuando mas; en tanto que hoy los nuevos cañones con que están armados los buques de coraza alcanzan á mas de siete kilómetros; y sus proyectiles, cuyo peso varia en 114 y 216 kilogramos, traspasan á 2,000 metros la coraza de un buque revestido de placas de hierro de 15 centímetros de grueso. Aun se ha querido hacer mas, y así es que se han fabricado aquellos cañones enormes, de los cuales se vieron

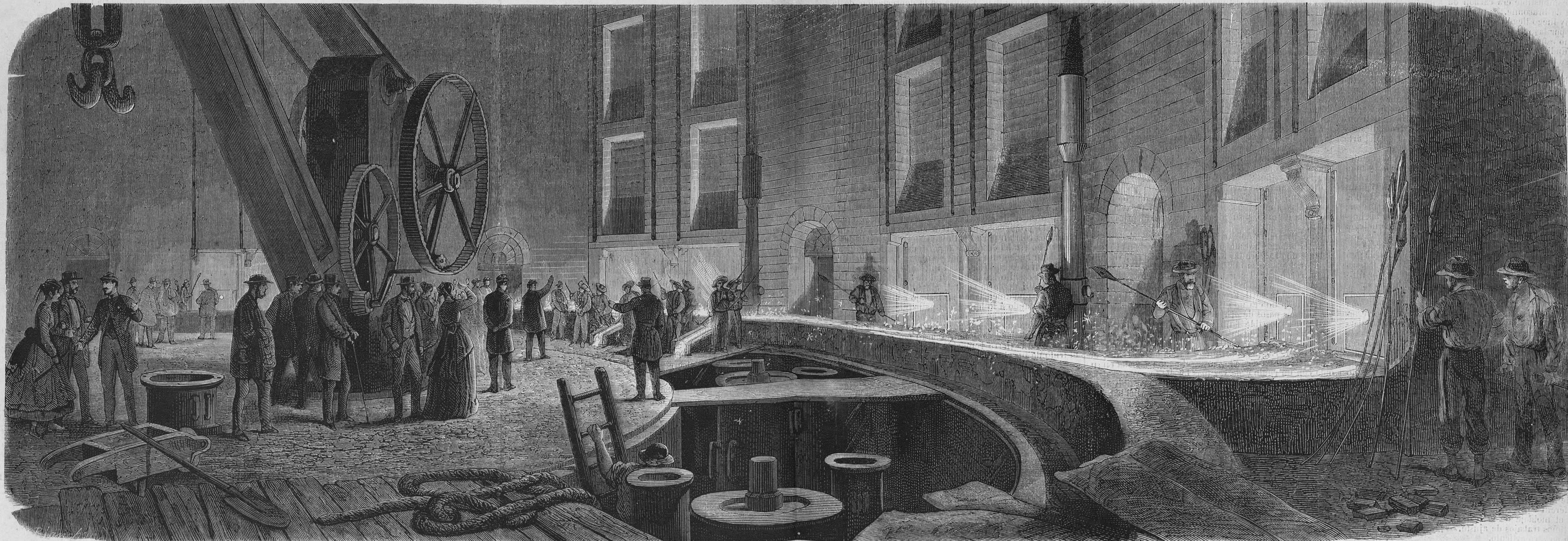
muestras en la Exposición universal de 1867, como para desmentir las ideas de paz universal y de fraternidad entre los pueblos, que podía provocar el espectáculo de aquella lucha pacífica abierta á las industrias de todas las naciones.

Entre estos monstruos de la artillería moderna, tres principalmente llamaban la atención de los visitantes en el Campo de Marte, y eran los cañones expuestos por la Francia, la Inglaterra y la Prusia. La exposición francesa, que comprendía además cierto número de piezas de diferentes calibres, que representaban la sé-

rie completa de todos los nuevos modelos adoptados para el servicio de la marina, se componía casi únicamente de piezas procedentes del establecimiento de Ruelle. Con efecto, en Ruelle se ha centralizado la fundición de toda la artillería destinada al armamento de la escuadra y á la defensa de los puertos.

Ruelle se encuentra cerca de Angulema, en el camino de Limoges á orillas del Touvre, hermoso rio cuyas aguas cristalinas corren apaciblemente por un cauce ancho y poco profundo, y suministran al establecimiento la fuerza necesaria para poner en movimiento

sus máquinas. El Touvre nace á tres kilómetros mas arriba de Ruelle, brotando bruscamente de un golfo situado al pié de una columna abrupta, que coronan las ruinas de un antiguo alcázar conocido en el pais con el nombre de Castillo de Ravallac. Este golfo, especie de estanque semi-circular, tiene la forma de un embudo, de cuyo fondo saltan las aguas vivas, produciendo un remolino en la superficie. Por ciertos indicios se cree que estas aguas son las de los dos rios, el Bandiat y el Tardouère, que penetran entre las rocas á alguna distancia, y que vuelven á aparecer al pié de



La colada.

la colina de Ravallac, después de haber corrido por un trayecto subterráneo de algunas leguas. Sea como quiera, el cauce del Touvre es de una regularidad suma; el río no crece ni mengua, y su fuerza, que se eleva cuando más á 415 caballos, nunca baja de 127, por manera que basta á cubrir las necesidades de la fundición, que hasta ahora ha prescindido del vapor.

No es esta la única ventaja que encuentra Ruelle en su situación. Vastas selvas suministran en abundancia el combustible necesario para las operaciones metalúrgicas; hay canteras de arena propia para el moldaje y criaderos ferruginosos que producen minerales de excelente calidad; en suma, el establecimiento tiene en sus cercanías la mayor parte de las materias que emplea. Seguramente, está bien dotado por la naturaleza, y así no es de extrañar que ya en el siglo último, una situación tan favorable llamase la atención de un ingeniero que buscaba un sitio conveniente para la fundición de una fábrica de esta especie.

M. Turgan, que ha consagrado al asunto que nos ocupa un puesto importante en su interesante obra *les Grandes Usines*, nos dice en efecto, que «á mediados del siglo XVIII, el marqués de Montalembert, teniente general de Saintonge y de Angoumois, compró á los señores André de la Tâche y Juan Andres de la Boissière, un molino de hacer papel, que vendieron por una renta perpétua de 165 libras. En el sitio que ocupaba el molino, el marqués estableció una fragua para la fundición de cañones de grueso calibre. Autorizado por real cédula de 1751, obtuvo en 1752 un privilegio que le permitía cortar en nueve años en la selva de Braconne, situada al nordeste de Ruelle, cierta cantidad de madera; y luego tres años después, el gobierno se apoderó bruscamente de la fundición, y durante diez y seis años M. Montalembert no pudo lograr que se reconociera su propiedad. El 20 de setiembre de 1772 se admitió su pertenencia; pero se le impuso la obligación de arrendar su establecimiento al Estado mediante 20,000 libras de renta y una indemnización por lo pasado. A los dos años de esta decisión el conde de Artois compró al marqués las fundiciones de Ruelle y la de Forge-Neuve, por 300,000 libras, en las cuales entraban los muebles, maquinarias y utensilios por un valor de 60,000 libras.

El 27 de junio de 1776 el rey cambió con el conde de Artois tres selvas situadas en la Champaña por Ruelle y Forge-Neuve. Pusieron administradores en el establecimiento, y la renta perpétua de 365 francos se pagó hasta 1790, desde cuyo tiempo la perdieron sus propietarios.

La fabricación de entonces era muy sencilla. Vacaban los cañones en primera fusión en moldes de barro, y el combustible era carbon de leña procedente de la selva de Braconne.

Muy luego llegó la época en que la Francia amenazada por las marinas de Europa, tuvo que hacer un supremo esfuerzo. Necesitó improvisar seis mil cañones de fundición, y el comité de salud pública procedió con suma energía á tomar todas las medidas oportunas para ejecutar este trabajo gigantesco. Dividió en cuatro distritos los altos hornos que se podían utilizar, y varios representantes del pueblo, con plenos poderes, sustituyeron por todas partes el rápido vaciado en arena al vaciado en barro, demasiado lento para tan apremiante caso. Enviaron máquinas y operarios inteligentes á las fábricas, y los sabios Perrier, Haasenfratz y Monge hicieron cursos y publicaron obras sobre el arte de fabricar cañones.

La fundición de Ruelle se renovó completamente; dos hornos de reverbero, talleres de fundición, y nuevos bancos de taladro reemplazaron las antiguas construcciones y las antiguas herramientas. En 1803 cambiaron el sistema de la empresa y arrendaron Ruelle. Hasta 1823 continuaron fundiendo en primera fusión; pero en esta época establecieron una parte de los hornos de reverbero en la parte de la sala de fundición que aun hoy existe, y comenzaron una fabricación menos primitiva; se modificaron repetidas veces los canales y la distribución de las corrientes de agua; en 1840 trasportaron á Ruelle la fundición de bronce, así como el taladro, que estaban en Rochefort, y por último, en 1846 instalaron un gabinete de química.»

Desde aquel tiempo las modificaciones han sido continuas, sobre todo en estos últimos años. En presencia de la trasformación de la artillería de marina, el establecimiento debió renovar sus utensilios para apropiarle á los nuevos modelos, cuya adopción se había decidido, y hubo que ensanchar los talleres para hacer frente al incremento que la fabricación había tomado. El valor de la propiedad de la fábrica, que era en 1851 de 4.250,000 francos, pasa hoy de 2.000,000. En cuanto al valor mobiliario representa la suma de 2.170,000 francos, en tanto que en 1851 solo llegaba á 760,000 francos. Finalmente, el personal de la fundición ha subido de 136 personas que tenía en la misma fecha, á 350 que cuenta en el día.

Estas cifras bastarán para dar una idea del aumento de importancia que ha tomado en todas sus partes este hermoso establecimiento, cuyos progresos están ligados tan íntimamente con la prosperidad de la marina militar de la Francia.

Las noticias que preceden nos han ocupado demasiado para que podamos entrar hoy en la parte descriptiva de nuestro trabajo. Tenemos que dar cuenta de las diferentes operaciones que se ejecutan en Ruelle, desde el moldaje de los cañones y la fundición hasta los últimos trabajos de ajuste. — Lo haremos próximamente en otro artículo.

J. B.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Corrió pues durante la noche por las calles más estrechas hasta el cuartel más apartado de la ciudad. En todas partes donde veía lucir un farol, retrocedía. A cada paso su andar era más precipitado, sus ideas más confusas. Al fin las fuerzas le abandonaron; se acurrucó en un rincón y comprimió la frente con sus manos para detener sus pensamientos. De pronto oyó cerca de sí el ahogado sonido del cuerno de un vigilante nocturno.

El vigilante estaba á pocos pasos de él, y su alabarda resonó contra las llaves que llevaba á la cintura. El fugitivo se encorvó extremadamente hácia el suelo. La angustia le oprimió el pecho en tal disposición, que no pudo reprimir un gemido, aun cuando le iba en ello la vida. Allí todavía peligraba.

Se precipitó de nuevo á lo largo de las casas, hácia el único sitio que permanecía perceptible en su espíritu, al que tenía horror como á la muerte, y hácia el cual no obstante se veía arrastrado como al último refugio que le quedaba en la tierra. Cuando llegó cerca de la posada, vió una sombra negra delante de la puerta. El hombrecillo había aguardado allí con frecuencia, envuelto en tinieblas, el regreso de Itzig. Hoy estaba allí todavía y le aguardaba. El desgraciado retrocedió, y luego avanzó nuevamente.

La puerta estaba libre. Movié con la mano un resorte oculto y se deslizó en el interior, pero detrás de él volvió á levantarse la amenazadora sombra, salida del fondo de un oscuro subterráneo, se deslizó hácia la puerta y permaneció allí inmóvil. Tentó en la oscuridad la puerta de la sala, la abrió con temblorosa mano, y cogió un manojito de llaves que estaba colgado en la pared. Corrió con las llaves á través de la sala hasta la galería, y oyó como á lo lejos la respiración de hombres que dormían. Se detuvo delante de la puerta de la escalera.

Un violento temblor agitaba sus miembros. Descendió estremeciéndose escalon por escalon. Al poner el pié en el agua, oyó un lastimero gemido. Se detuvo en el tabique de madera, como había hecho el otro, y miró abajo.

Oyó un nuevo gemido que salía de un pecho humano, y se apercibió de que era él mismo quien suspiraba de aquella manera. Se internó en el agua para buscar vado. Esta había aumentado, le llegaba por encima de la rodilla; había hallado fondo, y se encontraba á la orilla.

La noche estaba negra, la lluvia caía siempre á través de la niebla que cubría las casas y las galerías á lo largo de toda la orilla. No había más que una escalera, un poste ó la pared delantera de una casa que se destacara de la masa sombría. El agua se estrellaba contra las viejas estacas, las escaleras y los saledizos de las casas, y dejaba oír un murmullo uniforme.

Era el único ruido que se percibía en aquella triste noche, y resonaba como un trueno en el oído del desgraciado asesino. Se aferró á la resbaladiza madera de las estacas para no caer. Estaba tocando la escalera de la casa inmediata. Tentó para asegurarse de que llevaba las llaves en el bolsillo; un esfuerzo todavía para volver la esquina, y su pié se posaba en el primer escalon.

En el momento de dar la vuelta, retrocedió desfallecido, el pié que levantaba volvió á hundirse en el agua; delante de él, sobre las estacas, encima del río, vió una figura negra que se inclinó. Podía, á pesar de la oscuridad, reconocer el perfil del viejo sombrero y las odiosas facciones de un rostro bien conocido. La aparición permaneció inmóvil. Frotó sus ojos como para enjugarlos. Aquello no era una ilusión, el espectro estaba allí, y á algunos pasos de distancia.

Al fin, el horrible fantasma tendió una mano hácia el pecho de Itzig. El culpable retrocedió dando un gran grito, su pié resbaló y cayó cubriéndole el agua hasta el cuello. Permaneció así en el caudaloso torrente; el viento mugía en derredor suyo, el agua resonaba en su oído con un ruido cada vez más terrible y amenazador. Levantó las manos, con la mirada siempre fija en la aparición. La sombra se destacó lentamente del balcon; se percibió murmullo hácia el lado por donde él mismo había venido. El espectro se acercó y tendió nuevamente la mano hácia él. Aterrorizado, se lanzó más al centro de la corriente. Se oyó un gran grito, la última lucha de un hombre que se ahoga, y luego nada, el silencio de la muerte. El agua siguió su curso arrastrando la corriente un cuerpo sin vida.

Entre tanto la orilla del río se animó de repente. Brillaron las antorchas; las armas y los uniformes, ocultos debajo de las capas, relucieron al resplandor de las luces. Se oyó la voz de los soldados que le buscaban, y al pié de la escalera la de un hombre que andaba por el agua contestó gritando:

— Ha sido arrastrado por la corriente antes de que pudiera cogerle; mañana aparecerá en el malecón.

VI.

Se hizo una minuciosa visita en la posada de Lœbel Pinkus, descubriéndose el secreto almacén establecido en la casa vecina; y como se encontró en él el fruto de antiguos y recientes robos, el posadero se vió reducido á prisión. Entre los objetos hallados estaba también, pero vacío, el cofrecito del baron. En un armario cerrado en un fondo falso, estaban escondidos juntos las obligaciones firmadas por el baron, y los dos títulos hipotecarios de los primeros y de los segundos veinte mil escudos prestados sobre la propiedad.

En el aposento de Itzig se encontró un escrito por el cual atestiguaba Pinkus que Veitel Itzig era el propietario de la primera hipoteca. La resolución de Pinkus decayó en el interrogatorio, y confesó lo que no tenía gran interés en negar, á saber, que solamente por instancias del abogado había prestado dinero al baron, y que este no había recibido en realidad de Itzig más que diez mil escudos. De este modo, recobró el baron sus derechos á la mitad de la primera hipoteca.

Pinkus fué condenado á un largo encarcelamiento, su posada fué abandonada y cerrada, y Tinkels, que inmediatamente después de la muerte de Itzig había pedido á Antonio los otros cien escudos, llevó sus paquetes y su capa á otro refugio. Su afecto á la casa de comercio, á consecuencia de los últimos acontecimientos, se desarrolló con tal fuerza, que obligó á la casa á observar respecto á él una reserva particular, y á rehusar algunos grandes negocios que se proponía hacer con ella.

La consecuencia natural de esta frialdad fué que Tinkels sintiera una gran veneración por la casa que tal prudencia manifestaba, y continuó honrando el escritorio con sus visitas, sin que ninguna nueva especulación atrevida interrumpiera sus buenas relaciones.

La casa de Pinkus fué vendida. Un honrado tintorero se estableció en ella, y la galería donde se apoyara un día el flaco rostro del joven Veitel, se vió guarnecida de paños teñidos de azul y negro que colgaban hasta las turbias aguas del río.

Después de largos discursos con el abogado y la familia de Ehrenthal, Antonio recobró al fin las obligaciones y la última hipoteca de veinte mil francos.

Entre tanto se acercaba el día de la subasta de los bienes de Rothsattel. Un comprador se había presentado ya á Antonio, y este último, siguiendo su propio consejo y con autorización del baron, había convenido que el comprador debería ofrecer á lo menos un precio que cubriera para el baron el valor de la última hipoteca suscrita á Ehrenthal. A causa de la depreciación de la propiedad, no se podía esperar que produjera una cifra más elevada, y el día de la venta, que Antonio había esperado con gran impaciencia, el nuevo adquisidor obtuvo en efecto la propiedad por el precio convenido de antemano.

Al día siguiente, Antonio escribió á la baronesa; le remitió los documentos suscritos por el baron y le devolvió sus poderes. Cerró el pliego con alegre satisfacción: salvaba para Leonor una herencia de cerca de treinta mil escudos.

La nieve había cubierto de nuevo el tejado de la antigua casa del *staroste* Zamins, y las cornejas imprimían en él su huella. El invierno había tendido su brillante manto por el bosque y la llanura, estando la naturaleza abismada en un profundo sueño. En los campos no resonaba el ladrido de los perros guardianes del ganado, y los instrumentos aratorios permanecían inactivos bajo un cobertizo del corral. Sin embargo, se notaba en la propiedad una secreta animación, y activos operarios corrían por el patio con sierras y escuadras. El terreno estaba desnivelado por todas partes, porque se habían hecho en él zanjas y empezado la construcción de nuevos edificios. El interior como en el exterior del castillo había multitud de operarios que habían ido allí desde la capital, albañiles, carpinteros y ebanistas, que amenizaban su trabajo con alegres canciones, flotando á lo lejos en el patio telas amarillas. Se veían desplegadas en el dominio una actividad desconocida y una nueva energía; y cuando venga la primavera, los trabajadores se derramarán por la Polonia, y obligarán á la tierra removida por todas partes á dar el fruto de un obstinado trabajo.

El padre Sturm estaba sentado en su aposento, bien abastecido, en medio de aros y duelas, empujando energicamente su doladera puliendo la madera de encima. Enfrente de él, en la única silla forrada que había en la habitación, estaba apoyado el baron, ciego, con su muletila en la mano y el oído atento hácia el lado donde estaba el viejo Sturm.

— Debeis estar cansado, Sturm, dijo el baron.
— ¡Ah! en cuanto á los brazos, exclamó el gigante, me siento tan fuerte como antes. Estoy construyendo un barreño para recoger las aguas pluviales. Este es un trabajo de niños.

— El también estaba metido una vez en un barreño, dijo el baron aparte. Era muy pequeño. Su nodriza le había metido allí para darle un baño. Había encorvado sus espaldas y doblado sus piernecitas hácia adelante y no podía salir de él. Me fué preciso hacer quitar los aros del barreño para sacar al niño de aquella penosa posición.

El gigante tosió.

— ¿Eran aros de hierro? preguntó con interés.

— Era mi hijo, dijo el baron con un movimiento convulsivo.

— Sí, dijo Sturm muy bajo; era arrogante, era un guapo jóven; causaba placer oír arrastrar su sable y verle rizar el bigote.

— ¡Ay! había dicho ya con bastante frecuencia esto mismo al ciego padre, y le era necesario repetirlo todos los días, cuando el baron se sentaba enfrente de él.

— Dios lo tenía dispuesto así, dijo el baron cruzando las manos.

— Sí, repitió el viejo Sturm, el Señor le llamó á sí en el momento en que llenaba uno de los mas nobles deberes. Fué una gloria para él, y nadie puede desear perder la existencia de una manera mas honorífica. Combatía por su patria y por su familia, salía victorioso y rechazaba á los polacos hácia la llanura, cuando Dios tuvo á bien pronunciar su nombre haciéndole entrar en el reino de la bienaventuranza por entre sus propios guardias.

— Y yo he tenido que quedarme rezagado, dijo el baron.

— Y yo me alegro de haber vuelto á ver á nuestro jóven dueño, continuó Sturm con gran elocuencia; porque ya comprendéis que él era entonces nuestro jóven dueño. Vos habiais confiado todos los intereses de vuestra casa á mi Carlos, y tambien era para mí un honor mostrar la misma confianza á vuestro señor hijo.

— Pero siempre fué una falta en él pedirlo dinero prestado, dijo el baron moviendo la cabeza.

M. Rothsattel hablaba así porque había oído con frecuencia la consoladora contestacion de Sturm, y deseaba oír otra vez.

El gigante dejó á un lado su doladera, pasó la mano por los cabellos y se esforzó en aparecer muy emprendedor, diciendo con despejo:

— Ya sabéis que es menester ser indulgente con los jóvenes. Todos hemos tenido que pasar por eso. Cuando uno es jóven, tiene mucha necesidad de que no le escasee el dinero, aun cuando sea prestado, sobre todo si usa un uniforme lleno de bordados. En nuestra juventud no seriamos tampoco muy económicos, señor baron, continuó en tono suplicante dando una palmada encima de la rodilla del ciego. Nuestro lindo oficial era muy amable, y creo que se veía un poco apurado. Al darle el dinero, conocí cuánta pena le causaba tener necesidad de pedirlo, y yo se lo entregué con mucho gusto. Cuando le ayudé á subir al *droschka* y se inclinó fuera del carruaje, puedo aseguraros que estaba muy conmovido, y sus manecitas buscaron mi gruesa muñeca para estrecharla segunda vez. Entonces reflejó en su rostro la luz de un farol. Tenia en aquel momento un semblante encantador y bondadoso, algo parecido al vuestro y mas todavía al de la señora baronesa, por lo que he podido juzgar despues.

El ciego alargó tambien sus manos para buscar la descomunal del cargador. Sturm retiró el banco de carpintero, cogió con su mano derecha las del baron y las acarició con la izquierda. Los dos ancianos permanecieron así en silencio el uno al lado del otro.

Al fin el baron dijo con voz conmovida:

— Vos, Sturm, habeis sido la última persona que ha dado pruebas de amistad á mi querido Eugenio. Os doy gracias por ello, os doy gracias desde lo íntimo de mi corazón. Es un desgraciado padre, un hombre abatido por la adversidad, quien os habla de este modo, y mientras tenga aliento, suplicaré al Todopoderoso que derrame sobre vos sus bendiciones. El cielo no ha permitido que mi hijo viviera para sostener en mi vejez mis vacilantes pasos, pero á vos os ha conservado un buen hijo. Toda cuanta felicidad y bienestar podia yo desear á mi Eugenio, ruego á Dios que se lo conceda á vuestro Carlos.

Sturm se pasó la mano por los ojos y estrechó nuevamente las del baron. Los dos padres permanecieron todavía silenciosos uno al lado de otro; al fin el baron se levantó suspirando. Sturm cogió con precaucion al ciego por el brazo y le condujo á través del corral hasta las gradas del castillo.

Ahora el camino llegaba hasta la torre; hay un parapeto construido con gruesas piedras de sillería, y se puede llegar á la puerta de la torre á pié y en carruaje. Sturm tiró del cordón de una campanilla, el criado del baron se presentó y condujo á su amo á lo alto de la escalera del castillo, porque al padre Sturm le costaba siempre trabajo subir una escalera.

Al mismo tiempo entraba un coche en el patio. Viendo Carlos apearse á Fink, fué respetuosamente al encuentro del nuevo propietario.

— Buenos días, sargento, gritó Fink; ¿cómo va en el castillo y en la casa? ¿Qué hacen la señorita y la señora baronesa?

— Todo va bien, excepto la señora baronesa que está muy débil. Os aguardábamos hace ya quince días. Los habitantes del castillo han preguntado todos los días si habia tenido alguna noticia de vos.

— Me he visto detenido á mi pesar, dijo Fink, y creí que no podria estar tan pronto de regreso; pero durante las nieves no hay gran cosa que hacer en el campo. He comprado á Debrowitz.

— ¡Voto á dos mil de á caballo! exclamó alegremente Carlos.

— Es una soberbia posesion, continuó Fink; quinientos acres de bosque, donde hay cerca de un pié de polvo. Los traficantes han acudido á ese agujero que llaman cabeza de partido, y se han agitado en todos conceptos como si fueran hormigas, cuando han sabido

que en adelante nuestros espolines resonarán todos los días en su mercado. Pero vos, mi querido mayordomo, tendreis un placer en ver el nuevo dominio. Tengo deseo de enviaros allá para la próxima primavera.

— ¿Qué teneis en la mano? Una carta de Antonio. Dádmela.

Cogió bruscamente la carta.

— ¿Está la señorita en el castillo?

— Sí, señor de Fink.

— Bien. Enviad un recado esta tarde al cura de Neudorf.

Y se dirigió á paso acelerado hácia el castillo.

Leonor estaba sentada en su aposento; á su lado tenia varios pedazos de ropa, estaba cosiendo. Hundía con aplicacion la aguja en el tupido ropaje, ponía de cuando en cuando la labor encima de la rodilla, sentaba las costuras con su dedal, y miraba cada momento si las puntadas eran bastantes pequeñas y guardaban uniformidad. Pasos precipitados resonaron de repente en el corredor. Se estremeció, y su mano crispada estrechó fuertemente su labor. Pero se puso sobre sí con firme resolucion y continuó su tarea. Llamaron á la puerta. Un fuerte color encarnado cubrió lentamente su garganta y sus megillas, y cuando dijo «Entrad,» su voz llegó apenas al oído del que iba á visitarla.

Fink entró dirigiendo una mirada de curiosidad al sencillo mueblaje. No cubrian las paredes mas que algunos dibujos debidos al lápiz de Leonor, y en la habitacion no habia mas que el mobiliario indispensable. El pequeño sofá de piel de leopardo no estaba allí.

Cuando Fink se inclinó ante Leonor, está le preguntó con cierta indiferencia:

— ¿Os ha detenido algun motivo desagradable? Nosotros todos estábamos ya inquietos por vuestra tardanza.

— Me ha detenido la compra de un dominio. Ahora vuelvo, y á toda prisa vengo á presentarme á la señora; al mismo tiempo traigo un paquete que Antonio ha remitido para la señora baronesa. Cuando el estado de la noble señora me permita saludarla, tendré un placer en presentarle mis respetos.

Leonor cogió la carta.

— Corro en seguida al lado de mi madre. ¿Me lo permitís?

Se inclinó, y quiso retirarse. Fink la detuvo con un gesto y dijo alegremente:

— Veo en vuestra mano las tijeras y la aguja como una verdadera mujer de su casa. ¿Cuál es el dichoso mortal para quien coseis todos estos pedacitos?

Leonor se ruborizó nuevamente.

— Esa es una labor de mi sexo en la que un hombre nada tiene que ver.

— Yo sé, sin embargo, que el dedal no disfrutaba en otro tiempo de gran favor á vuestro lado, dijo Fink riendo. ¿Es acaso necesario, querida señorita, que canseis vuestra vista?

— Sí, señor de Fink, contestó Leonor con firmeza; es necesario y lo será siempre.

— ¡Ah, ah! exclamó Fink moviendo la cabeza y apoyándose levemente en el respaldo de su sillón. ¿Creéis tal vez que no hace ya mucho tiempo que han llamado mi atencion vuestras campanas con la aguja y las tijeras, y tambien vuestro aspecto serio y la actitud verdaderamente arrogante con que me tratais de niño temerario? ¿Dónde está el sofá de leopardo? ¿Dónde está la franqueza fraternal que yo debía esperar de vos despues de nuestro contrato? Habeis cumplido muy mal vuestra promesa. Veo que mi buen camarada está evidentemente dispuesto á abandonarme, y que se retira con premeditada resolucion. Pero confesadme tambien que esto de nada os servirá; no os habeis librado de mí...

— Sed generoso, señor de Fink, dijo Leonor interrumpiéndole vivamente agitada; no hagais todavía mas difícil mi situacion. Sí, me dispongo á alejarme de aquí y tambien á separarme de vos.

— ¿De ese modo rehusais permanecer aquí en mi casa? dijo Fink arrugando la frente. Pues bien, yo volveré y os rogaré hasta que consiga que me escuchéis. Si huís, correré en vuestro seguimiento, y si cortais vuestros hermosos cabellos y os encerrais en un claustro, escalaré el convento y os sacaré de él. ¿No he hecho yo para obteneros lo que hizo el villano de los cuentos para la hija del rey? Para obteneros, hermosa Leonor, he cambiado la arena en prado, y yo mismo me he convertido en un respetable propietario. Esos milagros á vos solo se deben. Sed pues razonable, querida Leonor, y no me atormentéis por caprichos de niña.

— ¡Oh! respetad esos caprichos, exclamó Leonor prorumpiendo en llanto. Durante las últimas semanas de aislamiento, he luchado sin cesar con mi dolor. Soy una pobre jóven cuyo deber es ahora consagrar su existencia á sus desventurados padres. El dote que os llevaria seria dolencias, tristeza y desamparo.

— Os engaños, dijo Fink gravemente interrumpiéndola. Nuestro amigo ha velado por vos. Ha arrojado al agua á dos bribones y ha pagado las deudas de vuestro padre, restándole al baron una bonita fortuna. Esos tiempos de miseria han pasado, y vos misma, cabecita obstinada, no sois un mal partido, si es esto lo que queréis significar. La carta que teneis en la mano destruye vuestra filosofia.

Leonor miró el sobre y arrojó la carta.

— No, exclamó fuera de sí. Cuando, destrozada por el dolor, me apoyaba en vuestro pecho, ¿no me deciais que debía tener fuerzas hasta para resistirme contra vos? y á cada momento siento que á vuestro lado no tengo fuerza, ni resolucion, ni voluntad propia. Lo que me decís me parece cierto, y olvido todo lo que he

pensado en contra; lo que exigís de mí me veo precisada á hacerlo, sin resistir, como una esclava. La mujer que se una á vos debe ser vuestra igual en fuerza y en talento, y es necesario que esté bien segura de sí misma. Yo soy una jóven sin educacion y sin carácter: una loca pasion os ha hecho creer que soy capaz de hacer mas de lo que seria natural en cualquiera mujer. En mí no encontrariais nada que os causara respeto, y no sabriais hacer mas que estrecharme en vuestros brazos y soportarme como una carga.

La mano de Leonor estaba crispada y sus ojos despedían fuego. Todo su ser se estremecía en aquella lucha del amor y del orgullo.

— ¿Os arrepentís de haber enviado por defenderme una bala al hombro de aquel tunante? preguntó Fink con aire sombrío. Lo que estoy viendo se parece menos al amor que al odio.

— ¡Yo odiairos! dijo la jóven cubriéndose el rostro con las manos.

El la quitó las manos de los ojos, la atrajo hácia sí, y juntando sus labios á los de la jóven, dijo:

— Fia en mí, Leonor.

— Dejadme, dejadme, gritó Leonor forcejando, pero sus ardientes labios no se separaban de los de Fink; le estrechó fuertemente, y mirándole con apasionada expresion, mezclada de amor y miedo, cayó á sus piés.

Fink vivamente conmovido se inclinó y la levantó.

— Me perteneces y no te dejaré ya mas, exclamó; te he conquistado con las armas en la mano, corazón exaltado. ¿Qué palabras me dices tan dulces y tan duras á la par! ¡Por vida de todos los demonios! ¿Soy yo acaso un cómitre para que una mujer tema estar bajo mi yugo? Quiero poseerte tal como eres, Leonor, con tu resolucion, tu atrevimiento, tus pasiones de diablillo, y no de otra manera. Hemos sido hermanos de armas y continuaremos siéndolo en este país. Puede volver todavía un tiempo en que nos veamos obligados á empuñar un fusil, y en que el pueblo reclamará en nosotros un carácter mas dispuesto á dar un golpe que á recibirlo. Aun cuando no hubieras sido el ideal de mi corazón y hubieses sido un hombre, yo procuraria todavía hacer de tí el compañero de mi vida; porque, Leonor, tú no serás para mí solamente una mujer querida, serás además un amigo generoso, el confidente de mis pensamientos y mi mas fiel camarada.

Leonor movió la cabeza, pero tenia siempre á Fink estrechamente abrazado.

— ¿Es necesario pues que sea tu esposa? dijo lánguidamente.

Fink pasó la mano por su cabello y besó su abrasada frente.

— Ríndete, corazón mio, dijo tiernamente, hemos ardido ambos en una llama bastante intensa para conducir hasta su madurez un sentimiento lleno de fuerza, conociéndonos muy bien uno á otro. Entre nosotros sea dicho, en nuestra casa estallarás mas de una tempestad. Yo no soy un compañero muy cómodo, sobre todo para una mujer, y recobrarás muy pronto esa fuerza de voluntad cuya ausencia deploras en este momento. Permanece tranquila, querida, volverás á tener tan mala cabeza como antes. No tienes necesidad de inquietarte por eso. Prepárate pues á algunas borrascas, pero tambien á un sincero amor y á una existencia llena de felicias. Todavía asomará la risa á tus labios, Leonor mia. No tendrás necesidad de coserme las camisas; si no quieres llevar el libro del gasto diario, no tienes mas que dejarlo; y si en un momento de travesura, tienes alguna vez que dar un cachete á nuestros hijos, eso probará que no desdicen de la sangre que circula por sus venas. Así creo que te rindes.

Leonor guardó silencio, pero le estrechó contra su corazón.

Fink la arrastró bruscamente.

— Ven al lado de tu madre, le dijo.

Fink y Leonor se inclinaron encima de la cama de la enferma. El pálido semblante de la madre se animó cuando levantó sus manos sobre la cabeza del jóven y le dió su bendicion.

— Es débil y siempre niña, le dijo á Fink; de vos depende, hijo mio, hacer de ella una buena esposa. Id á encontrar á vuestro padre, dijo indicando á los jóvenes que salieran de la habitacion; conducidle á mi lado y dejadnos solos.

Cuando el baron estuvo al lado de su esposa, le cogió la mano colocándola encima de sus labios y le dijo muy bajo:

— Hoy quiero pagarte, Oscar, tu amor y la felicidad de que me has hecho disfrutar durante un gran número de años.

— ¡Pobre esposa mia! murmuró el ciego.

— De todas tus alegrías y sufrimientos, prosiguió la baronesa, hemos sido causa yo y mi hijo, y los dos te dejamos solo en un mundo lleno de sinsabores. Tú no debias tener la dicha de transmitir tu nombre á un heredero de tu sangre. Eres el último de tu casa que llevará el nombre de Rothsattel.

El baron suspiró.

— Pero ese nombre le dejaremos limpio y sin mancha, como ha estado siempre, hasta en los momentos de nuestra mayor desgracia.

Colocó la mano de su esposo encima del paquete de documentos, los rasgó uno tras otro, luego tocó la campanilla y entró un criado al que hizo tirar los pedazos á la estufa. Brilló la llama esparciendo una pálida claridad por el aposento, y en breves momentos todo habia concluido.

(Se concluirá.)

Si-Sliman-Ben-Kadur,

BACH AGHA DE GERYVILLE.

Uno de los episodios más curiosos de la lucha que los franceses sostienen en el Sahara argelino contra la familia predominante de los Uled-Sidi-Cheikh, es la *razzia* operada en Marruecos por el Bach-aga de Geryville, mientras el coronel Sonis hacia comprender á los insurrectos que los fusiles de chispa no sirven para nada ante los chassespots.

El héroe de esta *razzia* tan osada como feliz, es Si-Sliman, cuyas facciones reproduce nuestro grabado.

Este personaje, que es un hermoso tipo del árabe del Sahara, tiene veinte y siete años, y su constitucion física es muy delicada: es pequeño de estatura y delgado; pero inteligente, resuelto y enérgico.

Cuando se resolvió que las tropas francesas ocuparan el territorio de los Uled-Sidi-Cheikh, cuatro hermanos representaban allí la autoridad religiosa fundada hace muchos siglos por Sidi-Cheikh (el venerable). Sidi-Kadur, uno de los cuatro hermanos, el padre de nuestro joven héroe.

En 1861, Si-Sliman fué preso en Tlemcen por haber dado asilo á un mandatario infiel.

Tiempo hacia ya que estaba libre cuando estalló la insurreccion de 1864. Si-Sliman permaneció extraño á ella en un principio; pero cuando prendieron á tres de los hijos de Sidi-Cheikh-Ben-Taieb, él, á guisa de represalias, prestó su concurso á la sublevacion, y se distinguió con golpes de mano tan afortunados, que le dieron gran nombradía en el Sahara.

Después de haber probado que era un terrible enemigo, ofreció su sumision á los franceses bajo la condicion de que se pondria en libertad á sus tres primos. Con efecto, se hizo así; Si-Sliman ha cumplido su palabra, y hace un año se presentó con los hombres de su *goum*. Antes de darle la investidura de bach-aga, qui-

Sucesos de Argelia. — Si-Sliman, bach-aga de Geryville.

sieron poner á prueba su fidelidad, y á fin de comprometerle definitivamente con su tío Si-Lala y su primo hermano Si-Kad-dur-ben-Hamza, le enviaron á destruir sus *douars* en el territorio de Marruecos, mientras ellos

moralizacion de la interesante clase de los modestos artesanos.

Antes de que procedieran á la bendicion de la obra, el presidente de la Sociedad de las casas obreras y el

levantaban á las poblaciones sometidas del Djebel-el-Amour. La empresa era atrevida, pues la distancia que habia que recorrer exigia al menos seis jornadas de marcha. El éxito fué completo, y los trofeos de la victoria consistieron en 2,800 camellos, seiscientos de ellos cargados de granos, maulca, alfombras, joyas, tiendas, vestidos, todo ello de un valor de 800,000 francos. En recompensa de esta accion, Si-Sliman acaba de ser nombrado por el gobierno francés para el puesto vacante desde 1864 de bach-aga de Geryville.

Después de la leccion de prudencia dada á los insurrectos, y con los secretos que debe revelarnos la correspondencia capturada, parece improbable que no llegue á su término la insurreccion de los Uled-Sidi-Cheikh.

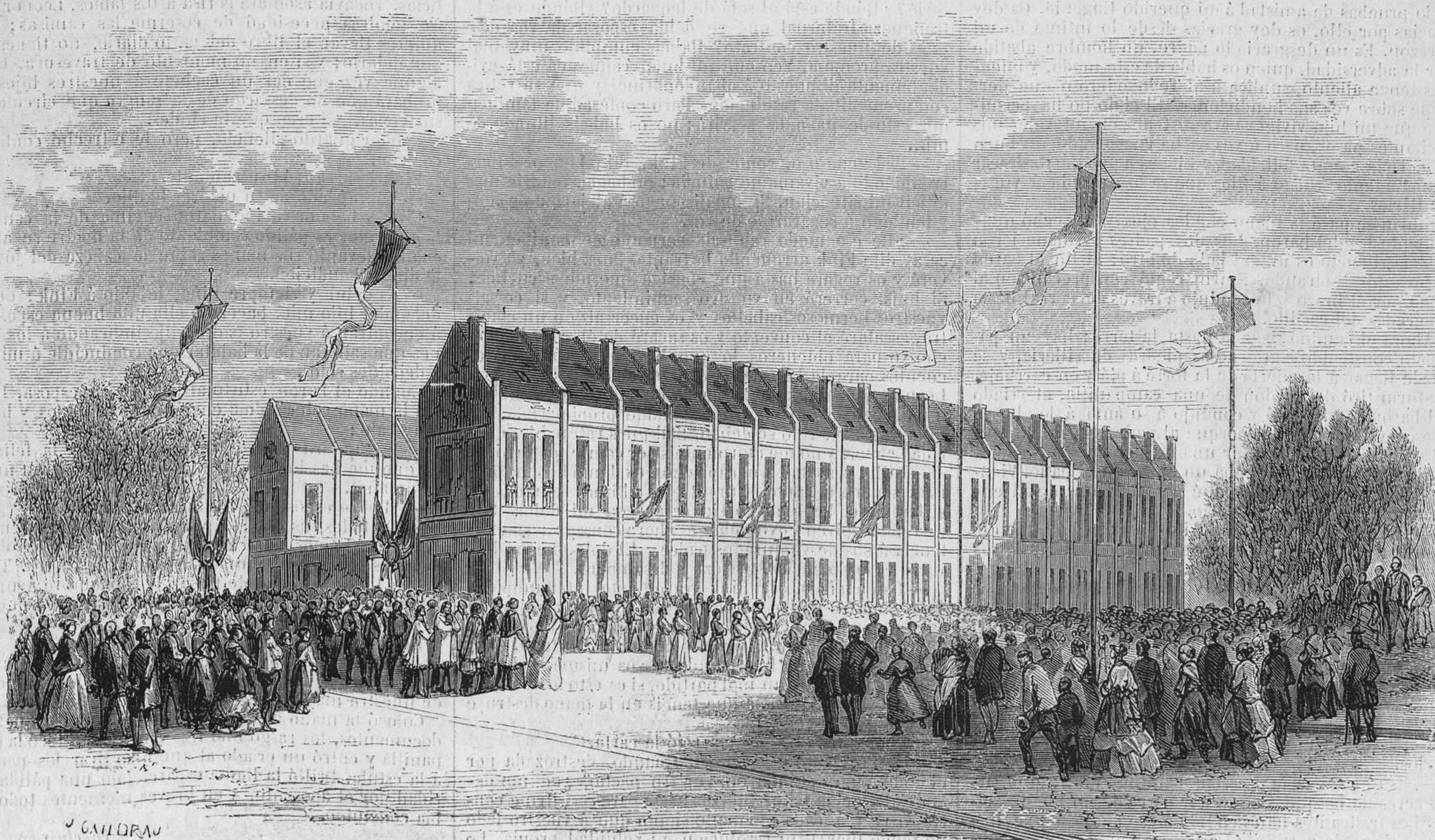
L. G.

Bendicion

DE LAS CASAS DE OBREROS EN AMIENS.

El domingo 7 de marzo ha tenido lugar en Amiens una interesante ceremonia, con motivo de la inauguracion del primer grupo de cuarenta casas obreras, que una compañía bajo la activa inspiracion de la sociedad industrial de la misma ciudad, ha hecho construir en el sitio que ocupó el antiguo monasterio de San Juan.

Favorecida por un tiempo magnífico esta ceremonia, á la que asistían las autoridades civiles y religiosas de la ciudad, llamó una afluencia considerable de gente, y sobre todo de obreros, que habian querido tomar parte en una manifestacion cuyo principal objeto es el bienestar y la



Inauguración de las casas obreras en Amiens.

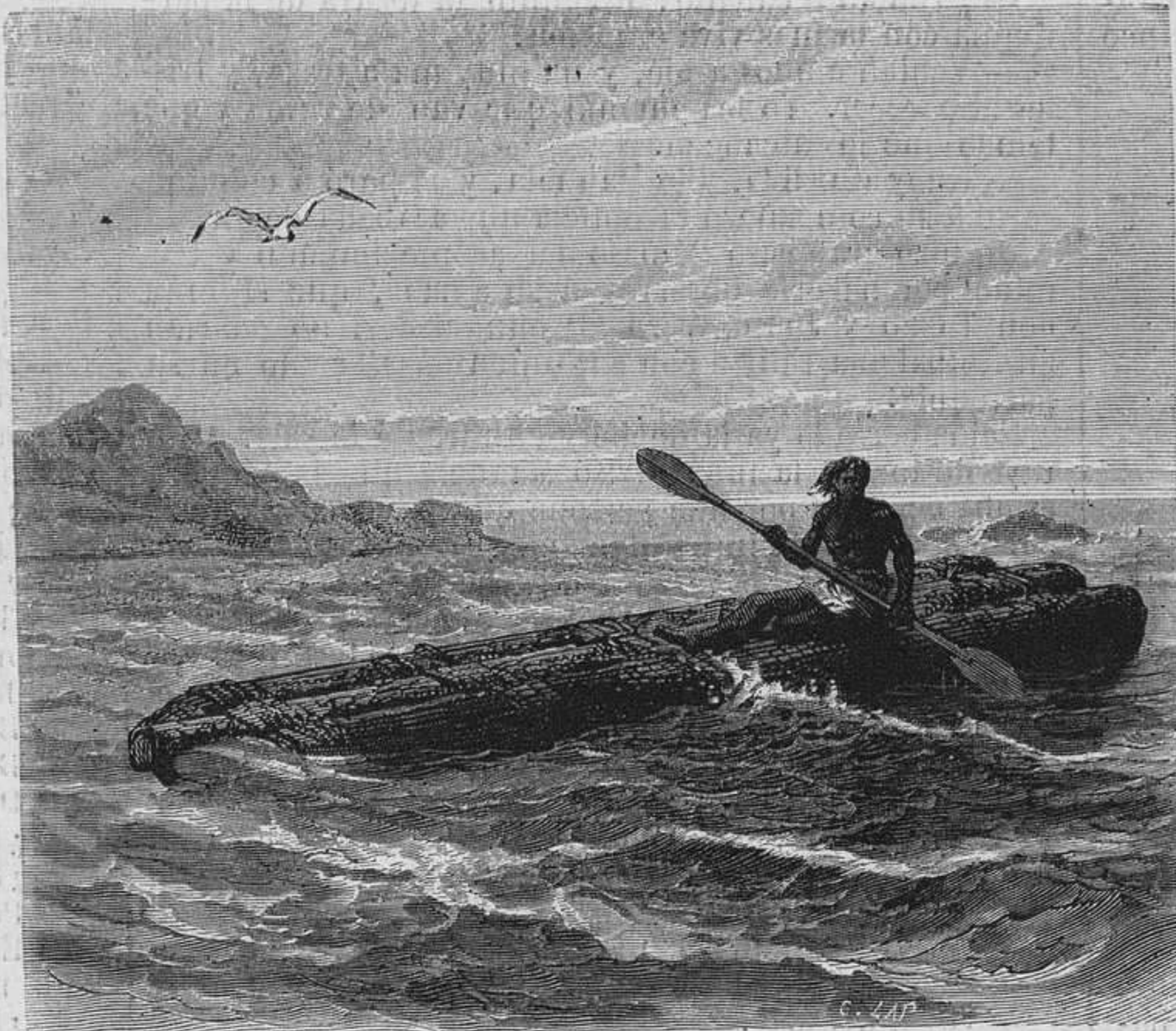
señor prefecto del departamento, hablaron de la utilidad de estas construcciones bajo el doble concepto material y moral de la poblacion obrera; y luego el señor obispo de Amiens, despues de un corto discurso, dió su bendicion á esas casas perfectamente adecuadas á las necesidades de los habitantes, que gracias á una feliz combinacion, entran desde luego á ser propietarios de ellas.

No nos olvidemos de decir que el arquitecto de estas construcciones, M. Garot, ha sabido llevar á buen fin una obra tanto mas difícil, cuanto que era preciso combinar una estricta economía con las comodidades que recomiendan las reglas de una buena higiene. Las casas obreras de Amiens pueden hoy rivalizar, no solo con las de Mulhouse, sino con todas las que figuraron como tipos en la Exposicion universal de 1867.

F.

Apuntes de un viaje al Brasil.

El célebre geólogo Agassiz acaba de emprender al Brasil un viaje interesante, una



Viaje al Brasil. — El Catimaron.

expedicion de filósofo que observa y estudia la naturaleza, sabiendo tambien mirar á los hombres que encuentra á su paso. M. Agassiz se puso en marcha á la cabeza de un grupo de geólogos, naturalistas y dibujantes; hasta su señora quiso arrostrar las fatigas y penalidades de este viaje, y ella fué quien desempeñó el papel de secretario, recogiendo dia por dia las notas que su esposo la dictaba.

¡Qué naturaleza, tan poderosa, tan extraordinaria en esos paises que sin cesar animan los rayos solares! Uno de los dibujos que copiamos de la abundante coleccion que ha traido M. Agassiz, representa una vista de selva virgen, donde los troncos de árboles caidos aparecen cubiertos de una vegetacion arborescente, con flores tan vivas como brillantes, donde las enredaderas con sus intrincadas guirnaldas, acaban de dar al paisaje un aspecto impenetrable. Y luego ¡qué costumbres tan extrañas en esos pueblos, y qué personajes tan singulares! Aqui está el Catimaron, embarcacion frágil y ligera donde aparece un pescador casi anfibio de las costas de Pernambuco; mas allá hay una negra que lleva su hijo á la espalda en una ancha envoltura sujeta al talle; en Mauhes, nuestros viajeros hacen el retrato de los Mundurucus, pintados

de azul oscuro, así como en Taffé no se les olvida el de la jóven salvaje Alejandrina. A propósito de los Mundurucus vamos á recordar aquí algunos párrafos tomados de uno de los volúmenes de la *Vuelta al*

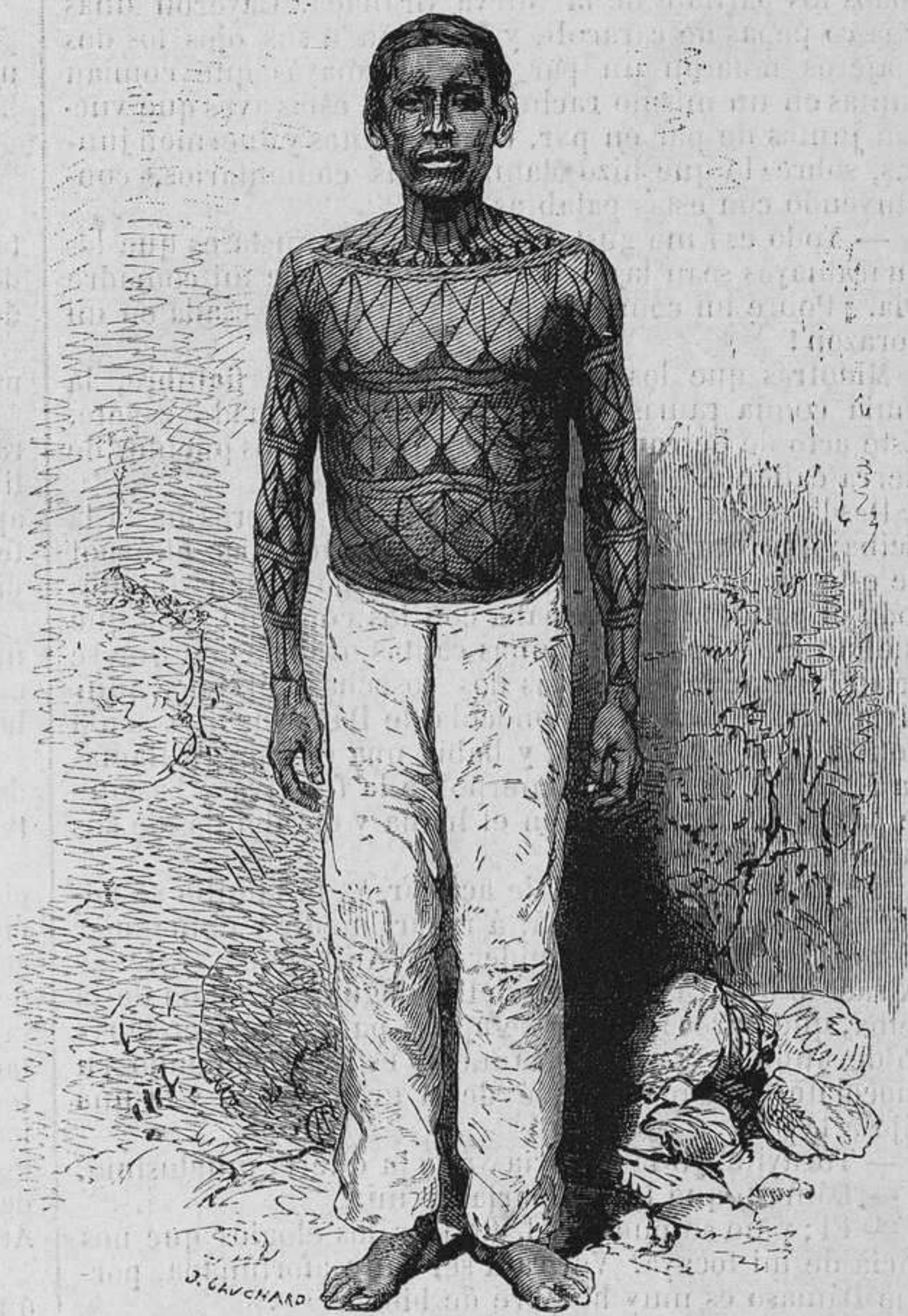


Negra Mina con su hijo.



Alejandrina, salvaje de Taffé.

mundo, coleccion de viajes modernos que conocen nuestros lectores, y cuyos últimos ejemplares se hallan de venta en todas las agencias del *Correo de Ultramar*. Encuéntranse tambien en un *Viaje al Brasil* hecho por M. Biard é ilustrado con un crecido

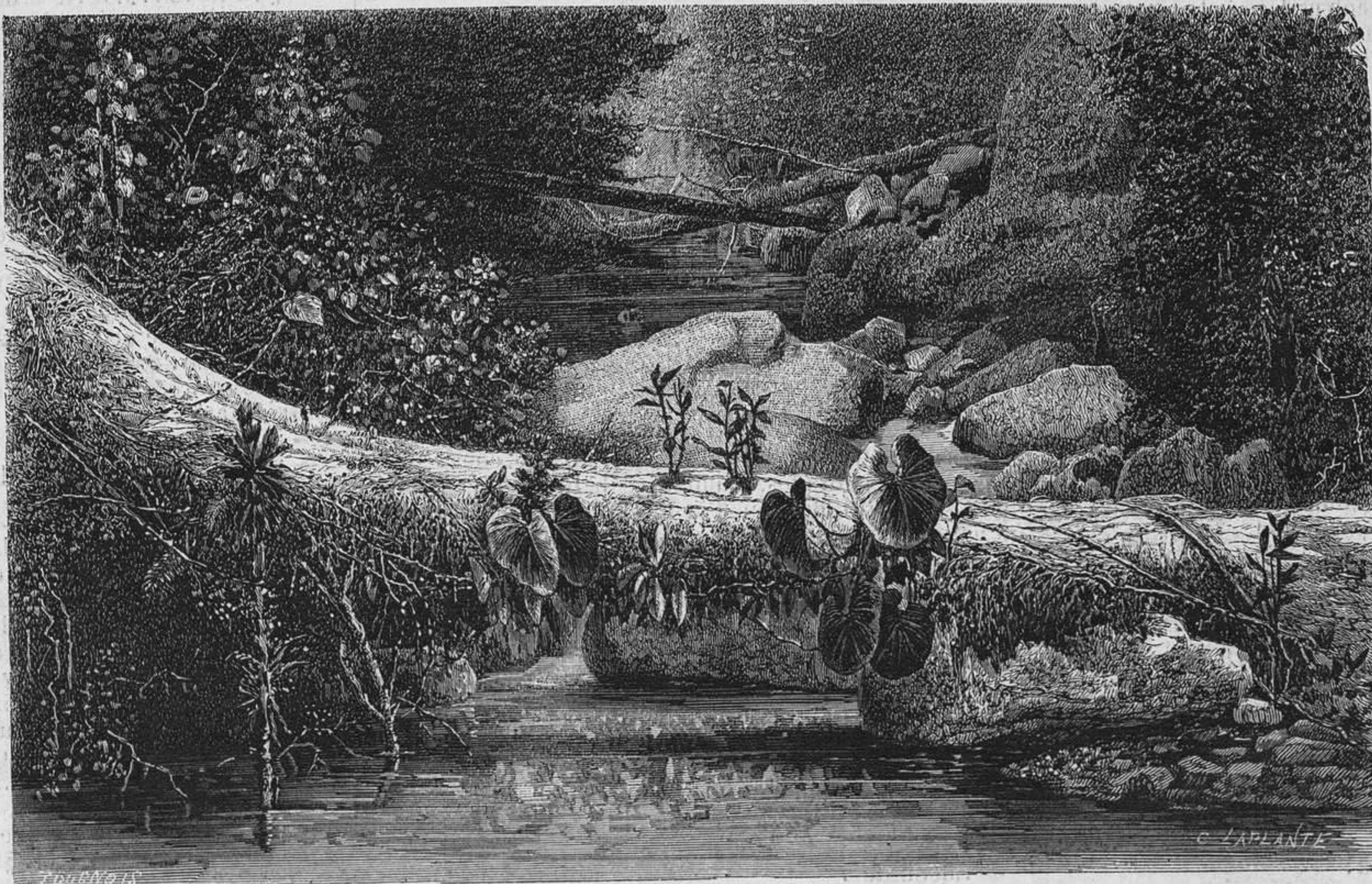


Mundurucu.

número de dibujos.

«Despues de haber costeadado largo tiempo tierras incultas, dice M. Biard, llegamos por fin delante de unos campos donde se elevaban cabañas no mal construidas. Llegamos á Canoma, para cuyo vicario tenia yo una carta de recomendacion. El vicario estaba ausente; pero su hermano nos recibió con afabilidad, y despues que hubimos almorzado, le supliqué que me proporcionase en seguida un modelo. Con efecto, me presentó uno que fué bastante dócil para lo que yo queria de él.

» En este lugarejo, habitado únicamente por el vicario y algunos portugueses que están á sus órdenes, construian á la sazón una iglesia, en cuyo trabajo empleaban muchos



Una vista en una selva virgen.

indios casi salvajes. Habia allí una tribu entera de Mundurucus, hombres, mujeres y chicos; estas tribus son las mas estimadas por su mansedumbre, su fidelidad y su arrojo. » La mayor parte de estos indios estaban medio vestidos; las mujeres tenian todas como unos pequeños corsés que las ceñian el pecho, y las que llevaban faldas se las ataban muy abajo. Estos pobres hombres pasaban el dia trabajando y riéndose á carcajadas con sus mujeres, gruesas y frescas mocetonas, que no se cuidaban de arreglarse la falda ó el corsé cuando iban atravesados. Su sencillez me reconcilió con la raza india. »

Nada mas instructivo y mas útil que la lectura de semejantes libros de via-

je, sobre todo cuando presentan una colección tan variada y tan interesante como la contenida en los cinco tomos de *la Vuelta al mundo*.

G. T.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuación.)

No extrañe el lector los rasgos de ilustración que se notan en aquel descamisado de los bosques, porque había sido cabildante dos ocasiones y sabía leer y escribir. En tierra caliente es mucho más despejada la gente que en tierra fría, y así no faltan unos cuantos ciudadanos, entre el pueblo descalzo, que comprenden sus derechos.

Manuela, que se había vestido ya, llamó á su compañero para que fuera á comer, y este convidó al presidente de los puercos, el que se excusó porque tenía que coger un marrano para curarle una herida.

El fiambre constaba de una gallina asada, de unas yucas y plátanos cocidos, de patacones y pastas de harina de maíz fritas, de unas arepas tembladoras y de una panela. Era una boda, y los convidados eran felices en aquellos momentos, olvidados de los tiranos de todos los partidos de la Nueva Granada. Cayeron unas cuatro pepas de caracol, y levantando sus ojos los dos viajeros notaron un par de guacamayas que comían juntas en un mismo racimo, porque estas aves que vuelan juntas de par en par, comen juntas y duermen juntas, sobre lo que hizo Manuela sus comentarios, concluyendo con estas palabras:

— Todo eso me gusta, lo que no me gusta es que las guacamayas sean las mayores enemigas de mi comadre Pia. ¡Pobre mi comadre, que la llevo atravesada en mi corazón!

Mientras que los viajeros se comían el fiambre, la mula comía ramas tiernas del árbol llamado zapote. Este acto de descanso se llama sestear en los pueblos de tierra caliente.

Desde los caracolés fueron á dar los viajeros hasta la Ceiba, que era una estancia así llamada, por el árbol de este nombre que cubría con sus gajos horizontales todo el patio, al que llenaba con los copos de lana que sueltan estos árboles de unas cajitas ovaladas en que se crían las simientes, en las dos cosechas del año. Aquí vivía una familia muy conocida de Dámaso, que tenía noticia de sus aventuras, y había una estanciera llamada Manuela, del mismo cuerpo de la fugitiva y bastante parecida en el color, en el habla y en algunas de sus facciones.

Mientras que era hora de acostarse, la familia se ponía en las noches de luna, á rapar, medir y enmanejar piezas de listón para vender en Ambalema. Este se extrae de una cáscara fina del majagua, hermano de la ceiba, que parece cinta y se aplica para envolver tabaco de andullo. Las dos Manueles estaban tomando su chocolate, sentadas al pie de la gran ceiba, y la una dijo á la otra:

— Tocayita, yo la conocía ya, y la quería muchísimo.

— Dámaso que les hablaría de mí.

— El; y no se puede Vd. figurar los elogios que nos hacía de mi tocaya. Vd. va á ser muy afortunada, porque Dámaso es muy hombre de bien.

Luego que acabaron de refrescar las tocayas, al cogerle la mano la prófuga á la Manuela de la ceiba, le dijo:

— ¡Esta sortija que Vd. tiene es la mía!

— Nada tiene de dudoso, tómela, dijo la tocaya de la ceiba, y se la puso en el dedo á la prófuga. Imposible que yo dudara. El modo de reclamar mi tocaya la sortija tiene un aire de verdad para mis ojos que no deja duda. Porque yo creo que mi tocaya no puede decir una mentira de esta clase, ni para hacerse entregar un diamante si no es de su propiedad.

— Mil gracias, tocayita. Ahora lo curioso es saber cómo vino á sus manos una sortija que yo he perdido hace seis días en una pelea que se armó en la calle de casa, la cual comenzó por una marrana y se acabó con unas cuantas prisiones, porque todo estaba dispuesto por el gamonal de mi tierra para prenderme y mandarme á la reclusión de Guáduas; la fortuna que yo no anduve tonta.

— Pues la sortija se la compré á un hombre de una cicatriz en la cara, que traía un garrote muy grueso de guayacan.

— ¡Ese es Juan Acero! el hombre más atrevido y más delincuente de toda mi parroquia.

— Tal vez; en tres reales me la dió.

— ¿Venía solo?

— Con un hombre de muy mala planta, blanco, no muy alto, de manos muy finas.

— ¡Don Tadeo! ¡Madre mía y señora! Ese es el que me persigue con las leyes porque no me quise agregar al número de sus protegidas. ¿Qué es esto, tocaya de mi alma? Ayer cuando pasábamos por un lado de mi parroquia gritaban muy recio: ¡Que viva don Tadeo! ¡Que mueran los conservadores y los gólgotas! lo cual quiere decir que don Tadeo estaba triunfante: ¿qué lo trae por aquí á estas horas?

— ¡Pues quién sabe, tocaya!

— ¿Venían á caballo? preguntó la tocaya de la parroquia con la más viva emoción.

— Venían ambos á pie, y de muy mala traza, y tristes al parecer. Yo les entendí que van de *raspa* y que temen que los alcancen.

— Estoy aturdida, dijo Manuela, y se paró á comunicarle á su compañero la noticia que acababa de oír.

No hizo gran caso Dámaso del acontecimiento y terminó por hacerle observar á su amada, que si eran don Tadeo y Juan Acero los enunciadados, no podrían en Ambalema salirse con sus intenciones, como en su parroquia.

Había cerrado ya la noche y entraron á la sala. A un rayo de luz de la luna divisó Manuela que la hamaca estaba ocupada por una persona que le era desconocida, y que dormía tranquilamente. En una ausencia que hicieron las caseras yéndose á la cocina, y Dámaso, que fué á cuidar la mula, se quedó Manuela sola y se sentó en un taburete que recostó contra la pared, muy cerca de la puerta. Entregada estaba á sus meditaciones, favorecidas por la dulce brisa de la noche que empezaba á soplar, cuando de repente oyó su nombre, pronunciado por el durmiente de la hamaca.

— Manuela, dijo sentándose en su movable lecho.

— Mande Vd., contestó la parroquiiana.

— Esa voz no es la de Manuela.

— Pero es la mía, y como me llamo así...

— Dispense Vd., llamaba á la casera.

— Voy á avisarle.

— No, no se moleste Vd. No la necesitaba para ninguna cosa importante. Hágame Vd. el favor de decirme, ¿cómo se llama usted?

— Manuela Valdivia, una criada suya.

— Me tiene Vd. á sus órdenes. Yo soy Aniceto Rubio, un servidor suyo. ¿Y hacia dónde se dirige usted?

— A Ambalema, señor.

— ¿A buscar trabajo?

— A buscar trabajos, si Dios no quiere otra cosa.

— ¿Por qué trabajos? Allí va á encontrar Vd. libertad y placeres y dinero. Yo tengo casa en Ambalema y doy avances. Desde ahora le ofrezco un acomodo digno de su persona.

— Muchas gracias, señor. Trabajaré al lado de mi marido.

Iba á replicar don Aniceto cuando entraron las caseras á la sala, y no pudo volver á hablar á solas con la linda viajera, que se retiró á la alcoba de su tocaya, apenas refrescaron. Don Aniceto demostraba claramente con los ojos la impresión que había recibido, y lo dispuesto que estaba á proteger á la recién llegada.

Dámaso durmió en la sala, á poca distancia de la hamaca de don Aniceto, quien lo veía con miradas de envidia de que fuera el conductor de una viajera tan hermosa.

A las cuatro de la mañana salieron de la posada, despidiéndose cordialmente de sus bondadosos habitantes.

Caminaron todo el día y á las cinco y media aparecieron á la vista de Manuela los tejados de la famosa ciudad de Ambalema. Parecía que habían quedado encendidos con los ardores del sol, y Manuela se condeñó de una población que no gozaba como su parroquia de la vista de tres ó cuatro aldeas, porque no había meditado que por la margen de Ambalema pasaban las gentes de cien pueblos, y que las colinas pintorescas estaban aquí compensadas con las canoas, los champanes y las balsas, y ese gran tráfico de exportación, único que da movimiento y vida á los pueblos circunvecinos de Ambalema.

Llegaba la barqueta del paso público, y Manuela aunque había pasado el Magdalena por Peñaliza, tenía miedo de meterse en una barqueta recargada de gente, pues era nerviosa, como hemos dicho antes, y se dilataba en levantar el pie para subir á la canoa, cuando el pasero la abrazó y la puso encima, no sin una exclamación de horror que lanzó la viajera, porque además de ser cosquillosa, el pasero era un monstruo que, por las escamas de diversos colores que lo cubrían, parecía caiman ó pescado de los que llaman bagres. Manuela tomó asiento en la barqueta y se tapó la cara; pero en el mismo instante oyó una voz conocida que gritaba desde muy lejos:

— ¡Niña Manuela! ¡Niño Dámaso! ¡Aguarden al viejo!

XIX.

LOS CARTEROS.

El sol no iluminaba todavía ni aun las copas más altas de los botundos, cuando se hallaba don Demóstenes conversando con Pia en la mitad del pequeño patio. Esta de pie, asentaba con la mano la crin de la mula en que venía el huésped, mientras don Demóstenes jugaba con el mechón, y tenían el diálogo siguiente:

— ¿Manuela? le decía don Demóstenes.

— ¿No se fué esta madrugada?

— ¿Para dónde?

— Para Ambalema; pero guárdeme el secreto. Vino Dámaso y cargó con ella. ¡Pobre de mi comadre!

— ¡Qué disparate! ¿Y por qué se iría?

— ¡Pues huyendo del gamonal!

— ¡Hombre! Si ya salimos de él.

— ¿Muerto?

— Encausado.

— Gracias á Dios que al fin pagará en el presidio tantas picardías como debe.

— Lo que hubo fué que sus amigos lo sacaron de la cárcel.

— ¡Pues! Entonces ¿qué gracia han hecho?

— Pero se ha largado para los infiernos, y no volverá jamás á la parroquia. ¿Ahora qué hacemos para que vayan á avisarle á Manuela?

— ¿Pero quién?

— Tu padrastro.

— Pues dígaselo Vd.; pero mucho será que él quiera salir de la ceniza. Y me voy para la roza, porque ya es tiempo de que caigan los animales. ¡Hasta luego! ¿No va, con eso me mata una docena de guacamayas?

— ¡Vine tan de carrera! pero en fin, por allá me tendrás dentro de un cuarto de hora.

Nor Dimas se estaba desayunando, y tenía el plato de palo del ajíaco en el suelo, en medio de las piernas, á tiempo que se le acercó don Demóstenes y desde á caballo le dijo:

— Buenos días, mi amigo Dimas.

— Buenos días, patron don Demóstenes.

— Desde que lo ví, concebí una esperanza.

— ¿Luego me había visto?

— ¿Por qué me lo dice?

— Porque los ricos no alcanzan á ver á los pobres.

— Eso no me diga Vd., porque yo venero el dogma de la igualdad entre todos los ciudadanos.

— ¿Luego hay igualdad?

— Sí, señor: la república no puede existir sin haber igualdad.

— ¡Ja, ja, ja, ja! Me reigo de la igualdad.

— ¿Cómo no? la igualdad social. ¿Luego Vd. no cree que todos somos iguales en la Nueva Granada?

— ¡Ja, ja, ja, ja!

— ¿Por qué se ríe usted?

— Porque su mercé es tan igual á yo, como aquel botundo á esta mata de ají.

— Está Vd. muy retrógrado, taita Dimas; el dogma de la igualdad es indispensable entre nosotros.

— ¿Y por qué no me saluda su persona primero en los caminos y se espera á que yo le salude? ¿Y por qué le digo yo mi amo don Demóstenes y su mercé me dice taita Dimas? ¿Y por qué los dueños de tierras nos mandan como á sus criados? ¿Y por qué los de botas dominan á los descalzos? ¿Y por qué un estanciero no puede demandar á los dueños de tierras? ¿Y por qué no amarran á los de botas que viven en la cabecera del cantón, para reclutas, como me amarraron á yo una ocasión, y como amarraron á mi hijo y se lo llevaron? ¿Y por qué los que saben leer y escribir, y entienden de las leyendas han de tener más *priminencias* que los que no sabemos? ¿Y por qué los ricos se salen con lo que quieren, hasta con los delitos á veces, y á los pobres nos meten en la cárcel por una majadería? ¿Y por qué los blancos le dicen á un novio que no iguala con la hija, cuando es indio ó negro?

— Eso consiste en que las cosas no se llevan siempre con todo el orden debido.

— Pues mientras que se llevan, le digo á su mercé que aquí en esta Nueva Granada no hay igualdad. Ya su mercé sabe que los dueños de tierras de por aquí se ponen muy bravos cuando uno no los dice mis amos. ¿Y todavía está pensando su mercé en las igualdades? De veras, que mi amo don Demóstenes tiene á ratos como á modo de rasgos de no sé qué...

— Mire, taita Dimas, ó don Dimas, como Vd. quiera; traigo una urgencia tan sumamente grande, que no me deja explanar delante de Vd. una doctrina. Es cuestión de minutos. Retrogrademos al principio. Lo ví y lo conocí, y no le saludé porque me entretuvo Pia. Dispéñeme, don Dimas. Lo necesito ahora mismo para un mandado.

— ¿Ya lo ven? Los ricos nos hacen caso á los pobres cuando nos necesitan. ¿Y qué es el afán de su persona?

— Que vaya Vd. en este momento á alcanzar á Manuela y me le dice de mi parte que el coloso ha caído por tierra, y que se devuelva en el acto á recoger los laureles.

— ¡Buuu! Esos ya ni con los perros de mi compadre Lías.

— Pero ellos no caminan tanto como usted.

— El miedo es alto de cuerpo, ellos caminan como dantas.

— Eso ya es flojera, taita Dimas.

— ¡Estoy tan ocupado!

— Dígame qué ocupaciones son esas, á ver si las podemos allanar.

— Pues mire, tengo por ahí algunas trampas, y hay que repararlas todos los días.

— ¿Los dos muchachos no lo pueden hacer?

— ¿No sabe su persona que esos son esclavos del dueño de tierras?

— ¿Pia?

— Esa tonta de mi entenada no vale un demonio, y más desde que le arrimaron nuevos cuidados en el trapiche; y también es que me quería ir á cazar un *joso* macho que ha salido al pie de las peñas, y que esa sí que es la carne que me sabe á mí, y lo mismo á Melchora, y la manteca es muy vendible para remedio, porque sirve para hacer salir el pelo y las barbas; y que ahora seis meses cogí una *josa* parida, pero eso sí que me divertí peor que en unas fiestas de san Juan; porque el día que la levantó...

— ¡No me cuente, por Dios! no me cuente la historia, porque cada minuto que pasa es una cuadra de adelanto para los prófugos. ¿Conque se anima, señor don Dimas?

— Pero esto del *joso* es lo que estoy pensando. Con que el día que levantó la *josa* me le puse á la pata hasta que la hice encaramar en un estoraco...

— Usted debería hacerlo por el bien de Manuela. ¿No quiere Vd. á Manuela?

— Es una niña muy buena, tiene cariño, para todos sus conocidos y á mí me mide el *miche* mejor que á los demás. Es una lástima de veras que se vaya á morir de la calentura ambalemera.

— ¡Pues váyase á ver si la alcanza!

— ¿Con cuánto para mojar el guargüero en esas profundidades y en esos arenales, y en esos calores del enemigo malo?

— Con doce pesos, ¿no le parece?

— ¿Y dos para dejarle á la vieja para la sal?

— Es mucha sal para una semana; pero no alegaremos por eso.

— ¿Y dos para los tabacos?

— No se los alcanza Vd. á fumar; pero tómelos.

— Pues me voy.

— Va Vd. á contraer un mérito inmenso á la gratitud de esa familia y todo su partido.

Después que recibió la plata el señor don Dimas, se entró á la choza á preparar sus útiles de viaje, despedirse y dejar sus órdenes, entre tanto que el bogotano, parado en el patio, ó diremos mejor, sentado en su silla, contaba los minutos y los instantes. Cuando vio que se tardaba en salir su correo, le dijo:

— ¡Don Dimas! Me parece que se le hace un poco tarde.

— Espere un poquito su persona, que cada prisa trae su despacio. Es que mis quimbas de viaje no parecen, y la gümba quién sabe qué la hizo esa loca de Pia. Yo no puedo tener nada seguro en esta casa.

— Lo que tiene es que los viajeros se nos retiran.

— No va lejos el que corre, como el de atrás no se canse. Deje su mercé y verá cómo mañana les doy patada.

— Pero dése prisa, don Dimas.

— Ahora es el rosario el que no parece. Yo no sé para qué tiene uno gente en la casa.

— Váyase sin rosario, don Dimas, que eso no significa nada.

— ¿Yo? ¡Ave María! ¡Cuando en esas vegas y en esos zanjones del *Magdalena* es donde asiste el diablo!

Al fin salió *ñor* Dimas persignándose, después de despedirse de su amada casera, á quien llamó porque estaba en la quebrada, armado de un cuchillo y de un grueso garrote, y llevando una ruana pequeña sobre el hombro. Le dió la mano á don Demóstenes y tomó camino haciendo traquear los cascajos con sus quimbas de viaje, y echando humo de la churumbela de loza vidriada.

Don Demóstenes dejó la mula amarrada del papayo y tomó á pié la senda de la roza.

A distancia de tres cuerdas se paró *ñor* Dimas en un cerrito desde donde se veía la roza y la garita de la guardiana, y con voces que atronaban la montaña gritó:

— ¡Ooooh, Pia!

— Señooooor, contestó la guardiana.

— ¡No te dejes comer las mazorcas de las guacamayas!

— ¡No señooooor!

— ¡Y me la das vuelta á la trampa del palmichal, y si la venada cayó me le quitás el cuero y me lo estacás, y me lo secás y me derritis el sebo, y me lo guardás!

— ¡Si señooooor!

— ¡Y mucho cuidado con toodo!

— ¡Siiiiii! le contestó la guardiana, y seguía dirigiendo sus maldiciones á las guacamayas hasta que llegó el cazador de escopeta, y subiendo dos atravesaños de la garita, de su propia cuenta, los restantes los subió tirado por la mano de Pia, la cual tuvo sumo gusto de ver sobre la plataforma de su castillo á un caballero tan buen mozo, tan rico y tan distinguido, porque Pia tampoco creía en la igualdad de clases de la Nueva Granada, y á todos los de botas los veneraba como si fuesen de una nación distinta. En el momento le señaló las guacamayas á su protector y protegido, que se acababan de sentar en la roza, y estallando la escopeta de una manera terrible cayó un par completo, una de las guacamayas muerta y la otra herida: á lo que pasaba la manada volando por encima de la garita, descargó el cazador su segundo tiro y cayó otro par.

Es imposible que nadie se pueda figurar el alboroto de la roza. Las guacamayas, los pericos, las catarnicas, que son de la familia de los gargüerones, gritaban de una manera espantosa, y Pia gritaba y bailaba de gusto sobre la garita, y colmaba de cariños á su generoso auxiliar, cuyo protectorado era la mayor ganancia para la roza.

— ¡Chupa, diablos! gritaba; ¡coman mazorcás á costillas del estanciero, condenadas de los diablos!

— Ve á traer las aves muertas, que yo cuidaré de la roza, dijo don Demóstenes cargando la escopeta de nuevo.

— Bueno, patron, mate cuanto diablo arrime hoy á la labranza, dijo Pia, deslizándose por las escaleras para ir á traer los animales muertos.

Don Demóstenes y Pia se estuvieron callados para que se quietasen los animales, y estos comenzaron á arrimar á poco rato. Un chachau fué el primero que se atrevió á bajar de los cedros elevados á las matas de maíz, y en el acto cayó muerto del escopetazo, y una ardita que saltó por el ruido, cayó con el otro tiro. Pia

no había visto jamás tales prodigios, porque una carabina que tuvo *ñor* Dimas era de piedra y no daba fuego hasta no negar por tantas ocasiones como las que san Pedro negó á Jesucristo. Pia recogió los muertos y heridos, y don Demóstenes se quedó sentado esperando al enemigo, junto de ella. Ninguno de los dos hablaba, ni hacia ningún movimiento que causara ruido, salvo los latidos del corazón de la guardiana, producidos por las emociones de la alegría. Pronto volvió la alarma, porque Pia le tocó al hombro al cazador, y le mostró con el dedo hablándole al oído y diciéndole al mismo tiempo:

— ¡Mire el capitán de la manada de los micos! Apúntele al corazón.

— No puedo, Pia.

— ¿Cómo no? Ahora que está en descubierto, échele fuego.

— Es contra mis principios.

— ¡Mire que se le va!

— Es que yo no mato animales parecidos al hombre, desde el día que maté la zamba; ¿no te acuerdas del zambito por el cual lloraste?

— Sí; pero estos son ladrones y me tienen loca, y ellos no tienen escrúpulo como usted.

— Sin embargo, siento no poderle complacer.

— ¡Por Dios, mátele, patron, que yo le pago!

— No te canses.

— Déme la escopeta, pues.

Le cedió don Demóstenes la escopeta á la guardiana, y la instruyó de ligero; pero siendo el primer tiro que hacia ella, y teniendo el pulso muy alborotado, no es de extrañarse que lo errase al mayor de sus enemigos; pero se logró que toda la manada se asustase, y con eso se quedó conforme. Don Demóstenes se fué llevando una guacamaya para disecar y dejando mucha carne para la despensa de *ñud* Melchora. Pia se quedó muy agradecida.

Pero volvamos al cartero. El día que se fué supo que dos viajeros jóvenes, hombre y mujer, el uno á pié y el otro á caballo, llevaban el camino directo de Ambalema. Esto lo supo en una choza donde compró medio real de aguardiente para limpiar el gargüero del polvo que se le prendió. El camino carecía de casas laterales, pero apelando el viejo cazador de la montaña al arte ingenioso de seguir los rastros, él fué siguiendo los pasos á una mula y á un arriero de alpargatas.

Al segundo día llegó el cartero á un ranchito empalmado, no á comprar los dos pesos de tabacos, sino á comprar aguardiente, que era lo único que vendían en esa clase de posadas, en donde se veía un vidrito y una botella sobre una pequeña tabla, á manera de aviso, como se ve en Bogotá un guante donde se venden guantes, y un clavo y una azeña y unas tenazas donde se venden mercerías. En esta venta lo entretuvieron mas de media hora para asarle una vara de tasajo, la cual fué su almuerzo, con una arepa que le vendieron, y entre tanto que lo despachaban les hizo unas tantas preguntas á las caseras, siendo una de ellas:

— ¡Mis señoras! ¿Me dan razón si por aquí ha pasado una mocita de una cara muy pasadera que va á caballo en una mula muy buena, acompañada de un peon de buen caite?

— Por aquí no ha pasado, dijo la ventera, casi sin poner atención á las señas del cartero, y rascándose al mismo tiempo el oído con la crucecita del rosario.

Al salir de la posada ó venta de la botella, se encontró el viajero una hoja seca, y levantándola hasta la punta de la nariz, dijo hablando á sus solas:

— Esta hoja es de payaca, y de esta mata no hay aquí sino en la montaña fría, y en esta hoja había una tabla de cacao molido. Mucho será que la niña Manuela no haya posado y haya bebido chocolate en esta choza del diablo; por eso será que estas cochinas me han detenido tanto, y por eso sería que para decir esa *jipata*, «por aquí no han pasado,» se tenía metida la pata de la cruz en la oreja para no mentir, como dicen que hizo nuestro patriarca señor san Francisco metiéndose la mano en la manga cuando le preguntaron los policias que si por ahí había pasado un reo. Los marchantes me llevan seis horas, pero mañana por la mañana les doy patada; ya sé cuánto me llevan de ventaja.

Por la tarde se arrió el cartero á unos caracoles que convidaban al viajero con todos los rasgos de una poesía sublime, por la hermosura de esos gigantes vegetales mas grandes que los cedros y los nogales, con la sombra deliciosa y el silencio inmutable de los contornos, porque *ñor* Dimas era poeta, si es que hemos de dar crédito al adagio que dice, que de médico, poeta y loco, cada uno tiene su poco; y mucho mas siendo cazador, pues para estos profesores no son desconocidas las escenas espléndidas de la naturaleza, ocultas para el comun de las gentes.

— ¡Ajá! dijo el cartero, caminando por debajo de los caracoles, aquí se *pejaron* un fiambre. Las hormigas se van llevando las cáscaras de los huevos, aquí están los huesos de un pollo, aquí las hojas soasadas de los envoltorios, allí están los rastros de haberse lavado mi paisana en esta quebradita, este es el rastro del pié de ella, que lo conozco como los rastros de Pia; pero se lavó ella sola. Ellos son y ya no me queda duda. ¡Madre mía y Señora, que yo les alcance antes de que me pasen el río!

Con todas estas indicaciones seguía el ciudadano Dimas muy contento su dilatado camino: hasta la noche sacó candela, asó carne, comió arepa que había comprado y se quedó al pié de un cumulá, que le pareció muy hermoso.

A las once del día tercero, no había adquirido el en-

viado noticias ningunas de los prófugos, y los rastros se le habían confundido con otros rastros. Hasta dudaba el ciudadano si se le habrían quedado atrás en algun deshecho ó en algun sesteadero. El sol era espantoso y no se presentaba una de esas ventas de una sola botella, para poder refrescar la humanidad. Iba sin camisa y rodaban por su pecho ríos de sudor. La arena estaba calcinada con el calor, y hasta las suelas de las quimbas (que es el calzado mas fresco de todos) le parecían planchas calientes al cazador de la montaña, cuando vio en un árbol llamado plomo unos piquetes que le llamaron la atención, y se quedó lelo mirando el palo, con la boca abierta y las manos tendidas, en una figura tan lastimosa como se quedan en Bogotá los ilustres cortesanos, ó las cortesanas, cuando aparece un papel pegado en una esquina exigiendo el pago de contribuciones, ó un decreto mandando iluminar todas las ventanas por ser el aniversario de alguna matanza; y como tenía la costumbre de hablar solo, como los enamorados, prorumpió en las voces siguientes:

— Este es el diablo ó es mi compadre Lias, porque él es zurdo y pica con la mano izquierda, y las amelladuras tuyas son porque él no quiere que se le gasten mucho las herramientas; y está cerca, porque la chorreadura del plomo no tiene todavía ni aun dos horas siquiera. ¿Pero qué diablos hacia el bestia de mi compadre ardiéndose los bofes entre los arenales de estos caminos del infierno? Y si es mi compadre, con algun fin ha dejado estas señas: alguna buena vieja colmena, cuando menos.

Miró *ñor* Dimas para la orilla del monte y advirtiendo la huella de algunas pisadas, se entró poco á poco, y de golpe exclamó:

— ¿Véno? Unos famosos garrotes de guayacan, y esos los vendo yo en la parroquia.

Cortó, efectivamente, algunos palos del monte nuestro viajero, y después de esconderlos siguió adelante en busca de los emigrados; al cabo de un cuarto de hora oyó decir una palabra que lo dejó suspenso, y fué esta:

— ¡Ole!

No vio por allí cerca á nadie *ñor* Dimas y dió unos pasos; pero se tuvo que detener porque le gritaron un poco mas recio:

— ¡Compadre!

— ¡Quién diablos me llama! dijo *ñor* Dimas, santiaguándose y besando la cruz de pata de gallo de su rosario.

— ¡Compadre *Limas*! arrime para este lado, le repitió la voz, y entonces fué que conoció el grito de su compadre Elías, y buscando algun camino que lo condujese al sitio, se metió por una senda que lo llevó á una choza nueva, y allí recibió un abrazo de su compadre Elías, el cual le ofreció un trago; ofrecióle otro en reciprocidad Dimas, pagando con un peso de á diez reales, y se salieron ambos al camino provincial para continuar su viaje, porque dió la casualidad de que ambos iban para un mismo punto.

— ¿Para dónde va mi compadre? dijo *ñor* Elías al cartero de don Demóstenes.

— Voy para el Guayabal á traer una fe de bautismo para unos novios.

— De esas guayabas no me mete á mí mi compadre, porque no soy de Mariquita, le dijo *ñor* Elías á su compañero, señalándole el pescuezo.

— ¿Y luego? le dijo el compadre.

— Que Dios me perdone el juicio temerario; pero lo que hay es que mi compadre se ha metido en la junta de los barateros y lo habrán mandado á comision; y eso si no está nada bueno, porque de golpe caen en una todos los marchantes, y se los lleva el diablo á todos: antes yo no sé cómo no está don Matías en el presidio, y lo mismo don Atanasio. Será porque son ricos, que si á un pobre le hubieran cogido las mulas robadas que les han cogido á ellos, ya no había ni los polvos, porque las leyes no son sino para los pobres. Los ricos se salen con cuanto quieren para hacer sus robos de bestias en grande, y si hay revoluciones mucho mejor. ¿No vio Vd. mismo todas las mulas que se guardaron en la revolución que pasó?

— ¿Y por qué dice mi compadre que yo ando en comisiones de la junta baratera? Eso es porque le sirve uno á personas que no son miserables, como muchos sugetos que le cuentan al arriero ó al cartero los mordiscos de tasajo que ha de dar por el camino, y quieren que con un real se mantenga un peon en caminos extraños, y si es posible le dan plata chimba para que vaya peleando con las venteras de todo el camino, las cuales le dicen que tan pelada tiene la cara como los chimbos que carga, y otras cosas que se les vienen á la boca, y que para esas cosas si no la tienen chiquita.

— Pues si no es una cosa de soltar la gata, no sé cómo es eso de andar mi compadre con la bolsa de gamusa llena de pesos fuertes.

— Le voy á decir á mi compadre la purita verdad, pero muy en secreto: fué que me mandó de posta *ñor* don Demóstenes á alcanzar á la hija de la niña Patrocinio Soto, que se había *juido*, para que se vuelva porque ya se llevó el diablo al gamonal de la parroquia, con la sumaria que le arremacharon, y ha salido *juyendo*, y ya no lo volveremos á ver jamás.

— Ahora le voy á decir á mi compadre que yo también voy de cartero; pero yo no voy ganando sino cuatro reales de tasajo y seis arepas, y tres reales para guarapo, y de paga me darán seis reales en plata pagándome á real por día.

— Esa no me la mete á mí, compadre de mi alma. Porque era menester que lo hubiera mandado una de esas personas que dicen que son tan miserables que



BERTHANO S.

El Amor sagrado y el Amor profano, cuadro del Ticiano reproducido en un tapiz de los Gobelinos.

E. H. VIER. DES.

ayunan por no comer; y no se la creo á mi compadre aunque me lo jure con las dos cruces de las dos manos.

— ¡Es decir que mi compadre me tiene á mí por el hombre mas embustero del mundo!

— Pues así; porque era menester que mi compadre fuera el zoque de mas zoque de todo el distrito, para que les hiciera mandados por esa miseria de pago. ¡Solo que sea el dueño de tierras, que son los únicos que pueden hacer esas cosas!

— No, compadre, para qué es decir; mi amo Cosme no ha sido.

— Yo no quiero saber. Lo que sé es que mi compadre es un salvaje, un animal, fuera de la crisma, por irse á dejar embaucar de los ricos. ¿Cómo yo le saqué

á ñor don Demóstenes diez y seis pesos por el viaje y eso que allá fué á quererme endulzar con los cuentos de igualdad y de los derechos, como si yo fuera de esos que se dejan embadurnar con tantos cuentos bonitos?

— ¡Compadre! Vd. dice todo eso, porque no es lo mismo tener tenenados por el casamiento del doctor Montes, que tener familia legítima. ¡Ah, la familia, la familia! ¡Eso es lo sabroso!

— ¿Y la familia fué la que lo mandó?

— No; pero por la familia es que yo soy esclavo; por la familia me tienen sujeto, como se sujeta á un buey de la pariguera. ¿No se acuerda de la diablura que hicieron mis hijas con la tonta María?

— Sí, compadre.

— ¿No sabe que iban á salir con sus años de reclusion, y que entre el dueño de tierras y don Tadeo les *insurparon* la causa y las dieron libres?

— Sí, compadre.

— Pues, *oriverá* que de cuenta de eso hoy me hallo de esclavo de todos dos, y de cuenta de eso don Tadeo, la vieja *Injuriana*, la Cecilia, la niña *Resura*, todos son dueños de mis cosas y de mi persona. A don Tadeo le he de regalar los cueros de los venados que cojo; las yucas, los plátanos y los frijoles; á la niña *Injuriana* le he de regalar las pollas que le parecen bonitas; á Resurreccion, toda la cosecha de guamas. Y últimamente las dos hijas han tenido que irse á vivir al trapiche del amo, de cuenta que las libró de la reclusion de Guáduas. De manera que yo soy tres veces esclavo; esclavo del gamonal por la libertad de mis hijas, y esclavo dos veces del dueño de tierras; y ahora me mandó con una carta la señora Sinfioriana.

— Es mucho lo que puede un gamonal, exclamó el ciudadano Dimas; pero nuestro gamonal ha caído.

— Pero ya verá mi compadre como vuelve con mas rigor, y Dios le libre á Vd. y á todos los que han ayudado para su caída. Cuidado con declararse contra don Tadeo ni hacerme decir la menor palabra contra él.

— ¿Le parece á Vd. muy justo, muy legal, muy buen caballero?

— Por el contrario, creo que es de lo mas malo que puede darse, y que...

— ¿Y entonces?

— El miedo, compadre, el miedo; ¿no ve usted que tiene tantos recursos para hacer el mal?

— Por lo mismo debemos plantarle. ¿No ve usted que la culebra que se empica á hacer daño, se busca y se mata aunque sea la mas venenosa de todas?

— Yo voy á llevarle á don Tadeo una carta por mandado de la señora Sinfioriana.

— Luego ¿dónde se halla el abuelo?

— En Ambalema, á la fecha; porque se fué *juyendo*, y es para llevarle plata y unas mudas de ropa y una carta.

— Pues voy á decirle á mi compadre una cosa.

— ¡A ver!

— Que no le lleve la carta al hombre Tadeo, para que se lo acabe de llevar el diablo, y que podamos tener libertad, porque ya Vd. sabe que don Tadeo es un tirano que no tiene ley; y que no se meta mas con toda esa gabilla, y que eche á la punta de un cerro á la vieja y á la moza, y no se deje ensillar de ninguno de los tadeistas. Y que ya ve mi compadre que don Demóstenes tiene plata y la afloja cuando es menester: ya le cuento que diez y seis pesotes me dió por el viaje. Esto no tiene ni que pensarlo. Toda la gente de parte de la niña Manuela es la gente mas acreditada. Animese, compadre de mi alma, y arrímese á la gente buena.

— ¿Y qué hacia yo con esta carta?

— Esa me la da, y se vuelve y allá dice que unos saltadores se la quitaron junto con la güimba y con las arepas.

— Bueno, compadre; pero eso sí, que no lo sepa Patricia, ni *nuá* Melchora, ni persona ninguna, porque cuando menos me envenena la vieja *Injuriana* ó me mata Juan Acero por ahí en la montaña de una puñalada, ó en uno de los gastos.

(Se continuará.)

La reproduccion de cuadros

EN LOS GOBELINOS.

La celebridad de que disfrutaban los tapices que salen de la manufactura llamada de los Gobelinos, es general en todo el mundo; y ciertamente no puede darse nada mas perfecto. Los obreros que los ejecutan son verdaderos artistas. La manufactura posee una escuela de instruccion primaria, otra de dibujo y otra de tapicería, y cuenta un crecido número de aprendices tapiceros que pasan muchos años recibiendo una enseñanza minuciosa.

Todo esto es necesario para ejecutar esas obras admirables que salen del establecimiento, y que tienen un incalculable valor cuando son de la importancia de la que reproducimos en esta página. Desde su fundacion, la manufactura de los Gobelinos tuvo encargo de copiar los cuadros de los pintores mas afamados, y en la actualidad saca de los museos del Louvre y del Luxemburgo los modelos que traslada fielmente á sus tapices. Estas copias están hechas con tal exactitud, que en nada seguramente desmerecen del modelo; si es que á veces no le sobrepujan por la brillantez del colorido. Siempre hay en el establecimiento una exposicion de tapices que representan de estas reproducciones, que pueden considerarse como verdaderas maravillas del arte del tapicero.

M. M.